

GRECIA EN EGIPTO

RESUMEN: A pesar de haber dado dos de los más prestigiosos escritores contemporáneos en lengua griega –C. P. Cavafis y Stratís Tsirkas–, la comunidad griega de Egipto sigue estando insuficientemente estudiada. Este trabajo intenta aproximarse no tanto a su historia cuanto a su perfil sociocultural. Siguiendo la estela de los dos escritores, parte del interés por nociones como comunidad, extranjería, cosmopolitismo, multiculturalismo e identidad étnica, y en él subyacen dos cuestiones interrelacionadas: si la disolución de la comunidad podría haberse evitado y qué papel desempeñó el fuerte sentimiento de etnicidad que determinó su perfil. Con el objetivo de aproximarse a estas cuestiones y dar cuenta de la especificidad de la comunidad, el trabajo destaca la interacción de factores tanto externos –la posición de Egipto en la economía mundial, el sistema de capitulaciones, la presencia colonial británica y el creciente nacionalismo egipcio– como internos –sus relaciones con las demás comunidades extranjeras de Egipto, su estratificación social, sus premisas ideológicas y culturales, sus opciones políticas, o los procesos de cohesión étnica a los que fue sometida–.

PALABRAS CLAVE: comunidad griega de Egipto, Alejandría, Stratís Tsirkas, etnicidad, aparatos ideológicos, izquierda griega, colonialismo.

ABSTRACT: Despite the fact that the Greek community of Egypt was the cradle of two of the most prestigious Modern Greek writers –C. P. Cavafy and Stratís Tsirkas–, it has not, so far, been sufficiently studied. The present work is an approach not so much to its history as to its specific social and cultural profile. Following the footsteps of the two writers, it has emerged from an interest in the complexity of such notions as community, foreignness, cosmopolitanism, multiculturalism and ethnic identity, and it is informed by two interrelated questions: whether the community's decline and disappearance could have been avoided, and the role played by the strong feeling of ethnicity that determined its profile. With the aim

of approaching these questions and making manifest the Greek community's specificity, this work highlights the interaction of both external factors –Egypt's position in the capitalist world economy, the system of capitulations, British colonial presence and a growing Egyptian nationalist movement– and internal –its relations with the rest of Egypt's foreign communities, its social and class structure, its ideological and cultural premises, its political options, and the processes of ethnic cohesion to which it was subjected–.

KEY WORDS: Greek community of Egypt, Alexandria, Stratis Tsircas, ethnicity, ideological apparatuses, colonialism, the Greek left.

*«Qué libro tan molesto me dirán, huele a tierra
y a sudor, y a aliento y a boñiga»
y aún más:
«No tiene
más que llantos y quejidos...
¿Dónde quedan las bellezas del Faraón,
obeliscos, pirámides, ocasos y palmeras?»*

*Sí. Le canto a Egipto. Al que no veis
con Thomas Cook, al que no veis
aunque lleváis años tropezándoos con él.*

*Y le canto a Egipto
porque me nutre y protege como madre,
porque sufre como madre,
y porque anhela como madre.*

*«Τι οχληρό βιβλίο, θα πουν, μυρίζει χώμα
κ' ιδρώτα και σβουნიές και χνότα»
κι ακόμα:
«Δε βρίσκει
κανείς αυτού παρά κραυγές και μοιρολόγια...
Χαθήκαν οι ομορφιές των Φαραώ κ' οι εβελίσκοι,
τα δειλινά, οι χουρμαδιές κ' οι Πυραμίδες;»*

*Ναι. Τραγουδώ την Αίγυπτο. Αυτήν,
που δε σας δείχνει ο Κουκ, αυτήν,
που σκουντουπλάτε χρόνια δίχως να τη δείτε.*

*Και τραγουδώ την Αίγυπτο
γιατί με τρέφει και με σέπει σα μητέρα,
γιατί πονάει σα μητέρα,
και γιατί ελπίζει σα μητέρα.*

«Τραγουδώ την Αίγυπτο» [Canto a Egipto],
Stratis Tsircas *Φελλάχοι* [Fellabs] (1937)¹

A MODO DE INTRODUCCIÓN²

No es infrecuente que, lo que los libros con pretensiones científicas necesitan cientos de páginas para explicar, el discurso literario sea capaz de

¹ Cuando no se menciona lo contrario, las traducciones (del griego o del inglés) de los fragmentos citados son mías.

² El presente artículo se enmarca en el Proyecto de investigación «Interacción cultural y lingüística en sociedades islamo-cristianas del Sureste europeo y Cercano oriente» (DGICYT / código HUM 2004-03957-C02-01).

plasmarlo, en su expresión más esencial, con una sola metáfora, símil o imagen. Dos ejemplos procedentes de *Ciudades a la deriva* –la célebre trilogía de Stratís Tsircas ambientada en Jerusalén, El Cairo y Alejandría durante la Segunda Guerra Mundial– no solo ilustran lo dicho, sino que a su vez ofrecen sugerencias y arrojan interrogantes, como es propio, por otra parte, de la literatura³. El primer ejemplo procede de un diálogo de *El Club* (2005a: 35-36), la novela que abre la trilogía, en el que uno de los personajes contempla, desde lo alto, la ciudad que yace a sus pies y la describe como «un compendio de la humanidad y sus pasiones, dividida en nacionalidades, dividida en razas, dividida en religiones, dividida en credos y cultos, dividida en clases y castas, dividida en barrios, sexos, clanes, edades; un *baclavás* atrocemente seccionado». La ciudad a la que se refiere el personaje de Tsircas es Jerusalén, pero la imagen que ofrece ¿dejaría de ser válida si se aplicara a las otras dos ciudades que componen el espacio narrativo de la trilogía? Y, en todo caso, ¿hasta qué punto es legítimo apoyarse en el discurso literario con fines cognoscitivos?

El segundo ejemplo pertenece a la última de las tres novelas, *El murcié-lago*. Aquí, el personaje de Parasjos, escribiendo bajo el agrídulce hechizo del recuerdo, se refiere a Alejandría –a una Alejandría ya perdida– como “la patria de mi alma”. ¿Existen, entonces, “patrias del alma” y patrias que no lo son? Y si es así, ¿es posible que Tsircas haya encapsulado aquí, con una economía retórica admirable, la clave para entender el hecho de que, entre las numerosas comunidades extranjeras que configuraron el entramado social de Egipto desde la época de Muhámmad Ali hasta los años de la descolonización, la griega fue la última en abandonar el país? En otras palabras, ¿para entender mejor esa relación tan particular entre los griegos de Egipto –*egiptociotas* (que no egipcios) como él mismo– y el país que los acogió y los vio crecer?

³ Lo mismo se puede decir de la trilogía entera, entendida no como documento histórico (que no lo es) sino como una metáfora en sí misma, una imagen literaria de los lugares y tiempos que trata. Al situarse la trama de *Ciudades a la deriva* en Jerusalén, El Cairo y Alejandría durante la Segunda Guerra Mundial, es decir, cuando las fuerzas británicas prácticamente volvieron a ocupar Egipto y Oriente Medio y el control británico en el seno de las fuerzas aliadas se orienta ya hacia los cambios políticos que, al término de la guerra, tendrían lugar en la región –Grecia incluida–, la trilogía indaga en las estructuras del colonialismo a la vez que cuestiona, desde una perspectiva crítica, toda una serie de oposiciones: propio / ajeno, unidad / divergencia, individuo / comunidad, subjetividad / objetividad, racionalidad / intuición, proximidad / distancia, interior / exterior, yo / otro.

Fue a partir de sugerencias e interrogantes de este tipo cómo me embarqué en un estudio de aproximación no tanto a la historia sino al carácter o perfil sociocultural de la célebre, pero insuficientemente estudiada, comunidad griega de Egipto⁴, una comunidad, prácticamente extinguida desde los años sesenta, que Kitroeff (1989: 3) ha descrito como «una especie de sociedad dentro de otra sociedad», corroborando así la impresión que mis propios familiares –egipcias también de primera y segunda generación– me habían transmitido durante mi infancia, cuando ya le habían dicho «adiós a Alejandría». Pues, pese a la fluidez y naturalidad con las que todavía manejaban el árabe coloquial, dando así la impresión de una perfecta integración en su país de acogida, y pese a los nombres árabes de calles y plazas con los que cartografiaban sus cada vez más borrosos recuerdos, los pilares sociales –los hospitales, la prensa, los clubes sociales y recreativos, las organizaciones benéficas, las instituciones, las iglesias, las tiendas, restaurantes y bares, las empresas y factorías, las escuelas a las que asistían– e, incluso, las prácticas culturales –los ritos religiosos, las fiestas colectivas, las costumbres de la vida diaria– a los que hacían referencia no eran en absoluto egipcios, sino auténticamente griegos. Así percibí, sin todavía *saberlo*, que al dejar Egipto en el año 1957, habían dejado atrás “la patria de su alma”. En las páginas que siguen intentaré dibujar algunos rasgos de aquella comunidad cuyo recuerdo nunca abandonó a los que la conocieron y que además vio nacer a dos de los más grandes escritores en lengua griega: C. P. Cavafis y Stratís Tsircas.

EGIPTO MULTICULTURAL: ¿UN MODELO DE *CONVIVIALITÉ*?

Al menos hasta la Segunda Guerra Mundial, la imagen de un mosaico –de culturas, nacionalidades y grupos étnicos– se ha empleado con frecuencia para referirse a Egipto y, sobre todo, a Alejandría, su ciudad más cosmopolita, más “europea”, más próspera y glamurosa. Ha servido como el soporte retórico de una celebrada *convivialité* alejandrina, supuestamente ejemplar y modélica, de una supuesta armoniosa coexistencia multicultural⁵. Es posible que, desde cierta perspectiva, la imagen sea válida. Sin embargo, desde una perspectiva que no oculte ni minimice las múltiples diferencias, los diversos intereses y las profundas divisiones que, en un contexto de sucesivos cam-

⁴ VATIKIOTIS (1969, 1980 y 1991) sigue siendo una inestimable fuente de información general sobre Egipto, incluida la comunidad griega.

⁵ Véase, por ejemplo, ILBERT-YANNAKAKIS (1992).

bios, sacudieron la sociedad egipcia y sus comunidades extranjeras a partir de la segunda década del siglo xx, la imagen resulta inadecuada, demasiado estática, nostálgicamente embellecedora y, sin duda, parcial. Diferencias en la composición social interna, en el perfil ideológico concreto, y diferencias, sobre todo, en el peso económico y político específico de cada una de las comunidades extranjeras, apuntan menos a un armonioso mosaico o una feliz *convivialité* que a una estructura de relaciones de poder muy desiguales. Apuntan a una realidad muy compleja⁶, más aún si, en lugar de considerar esas comunidades extranjeras como burbujas de élite en el vacío, las colocamos en su verdadero contexto, que no es otro que la perniciosa lógica del sistema de capitulaciones al que me referiré más adelante y los efectos reales de un sistema *de facto* colonial.

Las páginas de las que dispongo no permiten abordar un estudio detallado de las comunidades extranjeras de Egipto. Me limitaré, por tanto, a trazar brevemente y a grandes pinceladas aquellos rasgos que, a mi parecer, más las alejan, o acercan, a la comunidad griega y, lejos de retocar la imagen, procuraré dejar constancia de la tensión entre unidad y divergencia que marcó las relaciones entre las comunidades extranjeras y –al menos en el caso de la griega– caracterizó igualmente sus propias relaciones internas.

La inmigración extranjera a Egipto comenzó en el siglo xviii y experimentó un mayor impulso con las reformas y los proyectos de modernización de Muhámmad Ali durante la primera mitad del siglo xix, con las obras del canal de Suez y con la demanda occidental de algodón egipcio como consecuencia de la guerra civil estadounidense (Jasiotis, 1993). Esto último, unido al fracaso, en última instancia, de los planes de modernización de Muhámmad Ali, dio comienzo a un periodo marcado por una economía orientada exclusivamente a la exportación, con Egipto integrado en el sistema económico mundial como unidad agrícola (Psirukis, 1983: 129). Este papel del país en la economía internacional fue crucial para la configuración de una estructura social piramidal: en la cúspide, una élite dominante compuesta por un pequeño, aunque extremadamente poderoso, grupo de egipcios y extranjeros que controlaban la economía como exportadores y comerciantes de algodón, terratenientes, banqueros y financieros, seguida de una burguesía industrial poco numerosa, una pequeña burguesía prominente, una clase trabajadora industrial limitada y un amplio grupo de campesinos o *fellahs*.

⁶ Esa complejidad que *Ciudades a la deriva* transmite en términos literarios es, precisamente, uno de sus aspectos más gratificantes a la vez que útiles, desde un punto de vista “cognoscitivo”.

Dedicados a unas actividades centradas en el sector algodonero, con unas prácticas a menudo especuladoras y desempeñando el papel de intermediarios entre los mercados europeo y egipcio, los extranjeros de la élite del país constituían lo que Poulantzas (1976) ha denominado “burguesía compradora”; una burguesía cuyos intereses estaban íntimamente ligados al capital extranjero. Con el declive gradual de la economía egipcia orientada al mercado algodonero, comenzó a desarrollarse un pequeño sector industrial que continuaría creciendo durante el periodo de entreguerras. Hasta la Segunda Guerra Mundial, y durante su transcurso, los principales inversores en las industrias locales fueron residentes extranjeros en Egipto, quienes, en respuesta a una demanda de bienes de fabricación local, recondujeron sus actividades hacia una industrialización centrada en la importación. La prosperidad de las industrias extranjeras durante la guerra no tardó en atraer la atención de los empresarios egipcios, originando así lo que se ha llamado la “ideología del nacionalismo económico” y una incipiente “burguesía doméstica” o nacional compuesta tanto por extranjeros como por egipcios (Kitroeff, 1989: 120). El hecho de que, de la burguesía industrial emergente de Egipto, los industriales extranjeros fueran lo más parecido a una burguesía doméstica resulta paradójico; pero explica por qué un importante influjo de capital extranjero procedente del exterior redefinió la economía egipcia durante los años 30, por qué ese grupo nunca llegó a ser realmente independiente del capital extranjero, y por qué nunca luchó de forma efectiva por la independencia egipcia (Martínez Montávez, 1998).

Las comunidades extranjeras europeas del país fueron numerosas: griega, italiana, francesa, británica, rusa, belga y alemana. Entre ellas, la comunidad griega fue siempre la más numerosa, seguida –en este orden– por la italiana, la británica y la francesa⁷ que, al igual que la griega, alcanzaron su cota máxima en la década de 1920. Los primeros indicios de una presencia griega relevante en el Egipto de la era moderna datan de principios del siglo XIX. Como ya se ha dicho, la comunidad griega fue la última en abandonar el país –cosa que tal vez pueda interpretarse como indicio de un mayor arraigo que las demás–; sin embargo, también es cierto que, de estas cuatro comunidades extranjeras más grandes de Egipto, la griega ostentó el nivel más alto de endogamia. Según cifras de 1936, de los 628 casamientos en los que había al menos una persona de ciudadanía griega, el 51,75 por ciento fue entre pa-

⁷ Número de egipcios y de ciudadanos extranjeros en Egipto en 1927: egipcios, 5.701.764; griegos, 74.615; italianos, 51.175; británicos, 33.668; franceses, 23.579; total de extranjeros, 220.901 [Fuente: *Annuaire Statistique*, 1927; cifras citadas en KITROEFF, 1989: 21].

rejas en las que ambos cónyuges eran griegos, mientras que el mayor número de matrimonios mixtos con no griegos fue con personas de ciudadanía egipcia y de ascendencia griega en la mayoría de los casos⁸. El alto nivel de endogamia, que demuestra la tendencia de griegos de todos los estratos sociales a buscar pareja dentro de la comunidad o en sus ciudades o pueblos de origen, y que sin duda fue avivada por la extendida práctica de los matrimonios pactados, también indica un alto grado de introversión. He aquí, pues, otro interrogante: cómo explicar la combinación de lo que sin duda fue un gran arraigo y apego, con la introversión étnica y cultural que parece indicar el alto nivel de endogamia.

No es sorprendente, quizás, que la comunidad italiana, la segunda en cuanto a peso demográfico, fuera la más similar a la griega en varios aspectos. Al contrario que la británica o la francesa, esta comunidad tenía una composición social tan diversa como la griega, hecho que condujo a italianos y griegos a compartir lugares de trabajo y de residencia y propició un mayor contacto entre las dos comunidades. En su estudio, Owen (2000: 19-20) las trata conjuntamente y observa que, pese a suponer «el mayor elemento de población europea», estas comunidades «nunca recibieron de los administradores británicos del país un apoyo suficiente como para facilitarles acceso privilegiado a las tierras o poder para institucionalizar un mercado laboral fragmentado de un modo que les reportara mayores ingresos». Y llega, además, a sugerir que quizá esto explique por qué su relación con los nacionalistas egipcios era «relativamente armoniosa», cuando su papel político en el país era «marginal». Ambas comunidades mantuvieron fuertes vínculos con sus respectivas naciones de origen y ambas consideraron necesario organizar una amplia red de organizaciones de carácter marcadamente étnico que contribuyese al fortalecimiento y a la reproducción de la identidad nacional y de las relaciones interclasistas internas. Sin embargo, mientras que el Estado griego sufrió, a partir de 1922, un relativo debilitamiento de su influencia al menos política, si no cultural, la comunidad italiana siguió bajo una fuerte tutela diplomática del Estado italiano; tutela que se intensificó con la ascensión al poder de Mussolini y que dio sus frutos cuando al régimen le interesó incluir a italianos expatriados en su ideología fascista (Lazarev, 1992). Así, la expansión del fascismo y la amplia acogida del concepto de *mare nostrum*

⁸ Según KITROEFF (1989: 14), el índice de endogamia de las otras tres comunidades extranjeras entre personas de la misma ciudadanía fue, en la británica, de un 39,23 por ciento de los 390 casamientos; en la italiana, de un 38,96 por ciento de los 485 casamientos; y en la francesa, de un 10,67 por ciento de los 206 casamientos.

entre los italianos de Egipto, combinada con el resentimiento griego por la ocupación italiana de las islas del Dodecaneso⁹, acabaron por minar durante esos años la buena convivencia entre las dos comunidades¹⁰.

Al contrario que la griega e italiana, la presencia francesa en Egipto, y la británica aún en mayor medida, tenía un carácter más formal, en el sentido de su relación con las instituciones de sus respectivos países de origen. De una menor dispersión en cuanto a espacio y oficio, estas dos comunidades eran también de una menor diversidad social. Sin embargo, la principal diferencia reside en que los británicos y los franceses estaban en todo momento respaldados por poderosas potencias, ambas con una sólida presencia colonial en Oriente Medio. Por esta razón, tal vez, ninguna de estas comunidades creyó necesario crear una red de asociaciones marcadamente étnicas o mecanismos ideológicos orientados a construir, mantener y fortalecer la cohesión de la comunidad mediante la identidad cultural, como fue el caso con la griega y la italiana¹¹. Durante los primeros años de su presencia en Egipto, la principal preocupación de los británicos era que el mercado del algodón funcionase sin contratiempos y que la ruta imperial hacia la India estuviese protegida. Durante la última etapa y hasta la retirada definitiva de Gran Bretaña en los años cincuenta, el interés se centró en asegurar una administración eficiente, unos gobiernos egipcios flexibles y moderados, y en mantener el orden y la seguridad públicos en el país; pero, sobre todo, el esfuerzo de los británicos se concentró en una hábil manipulación de la diplomacia, al servicio de los intereses económicos y estratégicos de Gran Bretaña en la región.

⁹ La ocupación italiana de las islas del Dodecaneso duró hasta 1947, fecha en que se incorporaron a Grecia. Muchos griegos de Egipto provenían del Dodecaneso. En el tercer volumen de su trilogía, *El murciélago*, Tsircas ofrece su propia versión literaria de las fricciones entre las comunidades griega e italiana en estos años.

¹⁰ «Hacia 1935, de los 27.000 ciudadanos italianos de Egipto, unos 1.000 pertenecían a diversas organizaciones de camisas negras y llevaban armas. Con la excepción de algunos de los 10.000 judíos italianos, el resto de la comunidad apoyaba a Mussolini y aprobó el ataque italiano a Abisinia, mientras que, en Alejandría, daba la impresión de que el cabecilla de los fascistas hubiera arrebatado el liderazgo de la comunidad al cónsul general» (KITROEFF, 1989: 64).

¹¹ Las escuelas británicas y francesas, por ejemplo, estaban abiertas a todos los niños, independientemente de su nacionalidad o religión, y cultivaban una imagen laica y cosmopolita (KITROEFF, 1989: 22). En cambio, las escuelas griegas, incluidas las independientes de la Iglesia ortodoxa griega, se caracterizaban por un acercamiento a la educación de un marcado color étnico, con especial énfasis en la enseñanza del griego antiguo y de las prácticas religiosas grecoortodoxas. Las escuelas británicas y francesas eran, naturalmente, la opción más obvia para las clases altas y medias, egipcias y extranjeras.

Con todo, la presencia francesa en Egipto difiere de medio a medio de la británica. En 1914, ambos países acordaron que Egipto sería “responsabilidad” de Gran Bretaña, por lo que Francia, una vez cejó en su reivindicación de control político directo, puso un mayor énfasis en la conservación de la hegemonía cultural e intelectual francesa¹², sin descuidar, claro está, la proyección de sus intereses económicos. La presencia francesa como superpotencia data de la expedición de Napoleón en 1798, que invadió Egipto no sólo con sus tropas, sino también con un ejército de científicos, ingenieros, historiadores, escritores y artistas. A lo largo del periodo colonial de Egipto todo lo francés gozó de un prestigio cuyos orígenes se remontan a ese legado napoleónico –vinculado a las premisas culturales de la Ilustración y de la modernidad occidentales como valores universales, así como a las promesas de *liberté, égalité, fraternité* de la Revolución francesa–¹³ y que, en el plano ideológico y cultural, impregnó el imaginario del conjunto de la comunidad extranjera del país y fue la precondition para el surgimiento de una cultura “europea” o “cosmopolita” afrancesada, un estilo de vida imitado, sobre todo, por los estratos más pudientes: una “burguesía levantina” que, por lo demás, sólo mostraba lealtad a sus intereses económicos (Hourani, 1947: 25). No debe sorprender, por lo tanto, que, mientras que la lengua inglesa sólo tuvo amplia difusión en el comercio y en la administración pública, el francés fuese la *lingua franca* hasta el final de la presencia extranjera. Se estima que, en 1917, el 42 por ciento de los hombres griegos y el 29,2 por ciento de las mujeres hablaban una o más de las tres lenguas principales: francés, inglés e italiano. Pero es interesante apuntar, además, que en el caso de las mujeres, el uso del francés no se limitaba a los estratos sociales más altos o más cultos. El francés era la lengua utilizada en las numerosas *boutiques* y establecimientos de moda regentados por europeos y para las dependientas,

¹² Todavía hoy se percibe la tradición francesa de activismo cultural con réditos políticos. Un ejemplo aún reciente es la decisión del anterior presidente Chirac de no apoyar la acción militar de Estados Unidos contra Irak, erigiendo así a Francia y, por extensión, a la Unión Europea, en la valedora de la vía no militar de supremacía política, económica, cultural e ideológica mundiales. Véase KAGAN (2002).

¹³ No es casual que, en la ficción de *Ciudades a la deriva*, el apodo del hijo pequeño del nacionalista egipcio Yunes sea «Nabulión». Nabulión recorre las calles de El Cairo semidesnudo, descalzo, malnutrido y tocado con un astroso tricornio napoleónico que nunca se quita. Pero el tricornio no es más que un destartalado disfraz de papel incapaz de salvarlo de la muerte a manos de antinacionalistas egipcios que actúan bajo órdenes extranjeras. Colocado sobre el ataúd durante el entierro del pequeño Nabulión, el tricornio asume así la función simbólica de cuestionar la supuesta «universalidad» de los valores culturales occidentales en un contexto de relaciones coloniales.

en su mayoría solteras y europeas, hablar este idioma era un requisito esencial (Yannakakis, 1992: 129); sin duda, la contribución de estas mujeres trabajadoras a la preservación del francés como *lingua franca* de los extranjeros fue considerable.

La presencia extranjera en Egipto no se puede entender independientemente de la dinámica interna de la sociedad egipcia, de su situación en la política colonial europea y, ante todo, del sistema de capitulaciones. Como veremos, este último produciría efectos que no desaparecerían ni siquiera con su abolición oficial en 1937.

ENTRE LA UNIDAD Y LA DIVERGENCIA: EL SISTEMA DE CAPITULACIONES

Heredadas del pasado otomano de Egipto, en el que los sultanes reconocieron a catorce países –incluida Grecia– como “potencias capitulatorias” (*Capitulatory Powers*)¹⁴, las llamadas “capitulaciones” eran un complejo acervo de normas que regulaban el estatus de los residentes extranjeros, a los que conferían derechos extraterritoriales y privilegios de extraordinario peso –inmunidad ante los impuestos, inviolabilidad del domicilio, impunidad de arresto y exención de la legislación y la jurisdicción nativas, entre otros–, lo que redundó en la creación de los llamados “tribunales mixtos”¹⁵.

Como era lógico, los efectos y consecuencias de este sistema de privilegios fueron tan importantes para las comunidades de residentes extranjeros como para el país en general. Más allá de su naturaleza procazmente discriminatoria –que con el tiempo iba a traducirse en un resentimiento más que legítimo entre los egipcios–, el sistema fue impuesto con el fin primordial de facilitar la penetración capitalista en Oriente, promocionar los intereses económicos de los países europeos en el extranjero y proteger las actividades comerciales de las comunidades (Psirukis, 1983). La complicidad de la clase

¹⁴ Grecia se convirtió en potencia capitulatoria en 1854, circunstancia que, entre otras, propició la inmigración griega a Egipto.

¹⁵ La inmunidad ante la legislación local significaba que los residentes extranjeros estaban ligados legalmente a la jurisdicción de sus propios tribunales consulares. Con el tiempo, esto fue causa de discrepancias y conflictos, motivando así la creación en 1875 de los tribunales mixtos con el fin de crear un sistema legal unificado para aquellos casos en los que estuviesen implicados extranjeros de distintos países, o extranjeros y egipcios. Al mismo tiempo, los tribunales mixtos asumieron competencias legislativas. Esto los situaba fuera del control de la legislación anglo-egipcia y dificultaba el control británico. En 1904 la situación llevó al alto comisionado británico lord Cromer a protestar: «[...] los jueces de los tribunales mixtos [son] prácticamente una ley por sí mismos» (BARING, 1911: 708).

dominante egipcia con los intereses de la privilegiada población extranjera fue clave en impedir que el sistema de las capitulaciones fomentara, como cabría esperar, una división bipolar en la población en la que egipcios y extranjeros ocuparan cada uno de los polos; e hizo que, incluso a pesar del paulatino surgimiento de una burguesía nativa –muy heterogénea, por cierto–, a efectos prácticos el sistema se mantuviera más o menos vigentes hasta la plena independencia en 1952. Para los residentes extranjeros del país los efectos del sistema de capitulaciones fueron de otra índole. Al proporcionar un marco legal que, en principio, amparaba a todos los extranjeros por igual, las capitulaciones fomentaron un cierto sentimiento de “comunidad” entre ellos, un cierto sentimiento de unidad en nombre de un interés aparentemente común y general: la salvaguarda de los derechos y privilegios que el sistema de capitulaciones, según su concepción original, debía proporcionar y asegurar.

Dicho esto, cabe destacar un aspecto de este sistema –y aun de su subproducto, los tribunales mixtos– de todo punto relevante para captar la complejidad de las relaciones internas y externas entre los distintos elementos que componían el Egipto colonial: si bien las capitulaciones proporcionaban y garantizaban un marco general de derechos y privilegios para la *totalidad* de los residentes extranjeros en Egipto, correspondía a cada una de las potencias capitulatorias *en particular*, en su calidad de representante, negociar con el gobierno egipcio y proteger los intereses de sus propios nacionales. De este modo, la creación de lazos institucionales entre cada una de las comunidades extranjeras y su país de origen se hizo inevitable. Pero esa circunstancia, en principio positiva, ya que el poder negociador de sus respectivos Estados de origen proporcionaba a las comunidades un alto grado de protección, resultó ambivalente –al menos, en el caso de la comunidad griega– por varias razones. En primer lugar, la lógica del sistema de capitulaciones la obligaba a depender, en cuestiones de seguridad y estatus, de un Estado –la Grecia metropolitana– que, debido a un insuficiente peso político y económico en Europa, también carecía de suficiente poder negociador. Una primera consecuencia general de esto fue la siguiente: dado que la potestad de negociación de los Estados variaba según su mayor o menor poder o peso político y económico, era inevitable que, a la larga, el sistema propiciara la creación de una jerarquía *interna* entre las comunidades extranjeras en función de sus diferentes posiciones de poder. Y una segunda consecuencia, más concreta, fue que, cuando por motivos políticos y/o económicos, el Estado griego, a partir de 1922, ya no podía o no estaba dispuesto a defender los intereses de los griegos de Egipto en las interminables

mesas de negociaciones con los gobiernos egipcios, la comunidad griega se vio obligada a apoyarse, vale decir subordinarse, a las manipulaciones diplomáticas del único Estado que al parecer podía hacerlo: Gran Bretaña.

En segundo lugar, el discurso de “un interés extranjero general”, fomentado por las élites y por la propia razón de ser de las capitulaciones, no siempre estaba en armonía real con la realidad práctica de comunidades –como la griega, por ejemplo– que presentaban una composición social y una estructura de clases más diversificada que las demás. Sin embargo, la tendencia a identificarse, en el plano ideológico, con el conjunto de la comunidad extranjera –a todas luces “imaginaria”, en el sentido que da Anderson (1983) al término– no sólo no dejaba que las contradicciones se percibieran como tales, sino que, al homogeneizar y borrar las diferencias, tenía el efecto de ocultar la heterogeneidad social y económica real que, de hecho, nunca dejó de marcar a la comunidad griega. Desde este punto de vista, no es de extrañar que la perspectiva de que las capitulaciones llegaran a abolirse suscitara sentimientos de inseguridad y de crisis en el conjunto de la comunidad, además de alentar la falsa expectativa de que su bienestar estaría asegurado siempre y cuando las negociaciones sólo incumbieran a reformas menores, meramente técnicas¹⁶.

Quizás el más lamentable de los efectos del sistema de capitulaciones para la comunidad griega en particular fuera el de haber creado una minoría extranjera relativamente privilegiada, con una mentalidad bien distinta de la que puede darse entre las minorías étnicas de las sociedades multiculturales de hoy. Con esto, en absoluto quiero sugerir que los griegos de Egipto gozaran, individualmente, de privilegios que les permitieran sustraerse a la necesidad de luchar, como todo inmigrante, para construirse una vida. De hecho, la mayoría de ellos pertenecían a la pequeña burguesía o a la clase obrera. Me refiero, más bien, a una mentalidad basada en una construcción ideológica: la de un “nosotros” (extranjeros occidentales) supuestamente permanente e inalterable, excluyente. Los profundos cambios políticos, econó-

¹⁶ No fue hasta 1917 cuando los británicos decidieron iniciar las negociaciones para la abolición de las capitulaciones y los tribunales consulares, y reformar los tribunales mixtos. La comisión creada para estudiar las reformas necesarias propuso el establecimiento de una nueva asamblea legislativa con una cámara alta compuesta por funcionarios del Gobierno británico o representantes de las comunidades extranjeras, y egipcios, en la cual estos últimos serían minoría. En lo referente a los tribunales mixtos, pidieron la unificación de los tribunales mixtos, nativos y consulares y la sustitución del francés en beneficio del inglés. Esto supuso, en palabras de sir William Brunyate, «una anglización más o menos reconocida de la ley y de las instituciones jurídicas de Egipto» (BRINTON, 1930: 187).

nicos e incluso ideológicos, tanto dentro como fuera del país, que no dejaron de registrarse, el insuficiente peso y poder de negociación de Grecia, o la astucia y prepotencia de la diplomacia británica, son factores objetivos que sin duda contribuyeron de un modo importante al declive y disolución definitiva de la comunidad griega. A todos ellos, sin embargo, habría que añadir esa mentalidad a la que me he referido y que, en mi opinión, no fue más que la manifestación de un conservadurismo ligado al deseo de no enfrentarse a la perspectiva de cambio. Pues, ¿cómo, si no así, puede explicarse el hecho de que, cuando la diplomacia británica incluyó en su agenda de negociaciones con Egipto la abolición de las capitulaciones, no hubiera, ni entonces ni después, esfuerzo alguno por crear un frente común entre las comunidades extranjeras que les permitiera anticiparse y prepararse para lo que, tarde o temprano, sería un Egipto libre del lastre de las relaciones coloniales?

Todo ello apunta a un grado considerable de introversión o aislamiento de la comunidad –evidente, por ejemplo, en el alto índice de endogamia, o en el perfecto mantenimiento de la lengua y otras manifestaciones culturales– que, sin duda, fue un factor clave a la hora de preservar un extraordinario nivel de conciencia nacional e identidad étnica. Pero, a la larga, tuvo un precio, ya que ese aislamiento o, mejor dicho, esa insuficiente integración civil en el país de acogida que sólo fue puesta en tela de juicio con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, no se limitó al ámbito cultural. Mantuvo a la comunidad aislada de los procesos políticos *internos* del país, obstaculizó una mayor integración en la sociedad civil y, como apunta Kitroeff, condujo a un creciente debilitamiento político y a una paulatina pérdida de derechos (1989: 35). Así, cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, la comunidad griega empezó a darse cuenta por fin de que la crisis –anunciada ya desde el periodo de entreguerras– no tenía vuelta atrás, porque ya no quedaban opciones o medios para negociar un nuevo estatus, las oleadas de repatriación se agigantaron y le tocó la hora, al igual que a Antonio, de decirle adiós a Alejandría, a “la patria de su alma”. Esa concienciación, precisamente, fue la que llevó a Tsircas, en *El murciélago* (2005c: 205), a atribuirle al histórico líder independentista egipcio Arabí¹⁷ las siguientes ficticias, pero no por ello menos proféticas, palabras:

«Metéoslo bien en la cabeza. Sois huéspedes. Este pueblo se ha despertado y quiere mandar en su propia casa. No confiéis en los ingleses que fingen ser vuestros protectores [...] Por vuestro propio bien os lo digo, abrid los ojos».

¹⁷ Véase nota 20.

EL FACTOR BRITÁNICO

La posición británica como destacada potencia imperial y su directa, aunque velada, intervención económica y política en Egipto y en Oriente Medio en general la hacían ostentar una posición aparte y por encima del resto de potencias capitulatorias. Incluso en términos sociales, los británicos gozaban del respeto, aunque no de la simpatía, del resto de los europeos (Baring, 1911: 658). Tras la ocupación de Egipto en 1882 y el establecimiento del protectorado en 1914, consideraciones económicas, por una parte, y el incipiente y creciente nacionalismo egipcio, por otra, llevaron a Gran Bretaña a descartar un dominio colonial explícito y a optar en su lugar por un control bajo cuerda que, en lo político, resultó ser igual de efectivo (Tignor, 1966). Contener las demandas del nacionalismo egipcio y diferir la concesión de la independencia total durante el mayor tiempo posible se convirtieron en factores decisivos a la hora de planear la política británica en Egipto. Marzo y abril de 1919¹⁸ fueron fechas cruciales en este sentido, pues en estos meses tuvieron lugar manifestaciones multitudinarias que recorrieron ciudades, pueblos y provincias para apoyar la petición de la *wafd*, o delegación nacional, formada bajo la égida de Saad Zaglul en 1918, por la que se exigía una visita a Gran Bretaña para exponer las razones para la independencia. Lo que sin duda fue lo más alarmante de esta expresión de sentimiento nacionalista es que, por primera vez, participaron en ella no sólo miembros de la población urbana, sino también de la rural, de los *fellahs*¹⁹. Según Owen (2000: 10), «la revuelta fue suficientemente importante como para provocar un cambio importante en la política británica y una concesión unilateral de independencia limitada en 1922». A partir de entonces, la política británica respecto a Egipto estaría marcada por lentas e intrincadas negociaciones, concesiones paulatinas y una gradual suavización en el control de los asuntos internos de Egipto –en un simulacro de atención a las legítimas demandas de independencia– con el fin de mantener intactos los intereses económicos y estratégicos y la influencia política de Gran Bretaña en la región.

¹⁸ Tsircas aborda estos acontecimientos desde una perspectiva histórica en su estudio sobre Cavafis (1958), y desde una perspectiva literaria, a través del recurso del recuerdo, en la trilogía. Como veremos más adelante, los meses en los que ocurrieron –marzo y abril– coinciden con los “acontecimientos de Oriente Medio” que para los griegos fueron los de 1944. Así, la historia le proporcionó a Tsircas un paralelismo que la mayor parte de la crítica literaria griega ha pasado por alto.

¹⁹ Los mismos acontecimientos egipcios están presentes en la trama de la *Trilogía de El Cairo* del escritor egipcio Naguib Mahfuz. Un estudio comparativo de ésta con la trilogía de Tsircas arrojaría luz sobre las similitudes y diferencias entre los respectivos discursos literarios e ideológicos de los dos autores.

Las negociaciones angloegipcias, que culminaron en la Declaración de semiindependencia y en el fin del protectorado en 1922, se rigieron por esta estrategia política. La declaración contenía la llamada «cláusula de los cuatro puntos de reserva», según la cual Gran Bretaña conservaba el derecho a intervenir en los asuntos egipcios con el fin de proteger las líneas de comunicación del Imperio, sus intereses estratégicos en Egipto y Sudán y, lo que es más significativo para nuestro asunto, la seguridad de las minorías extranjeras²⁰. A partir de entonces, la seguridad de los residentes extranjeros sería la carta marcada con la que Gran Bretaña iba a jugar su partida diplomática. La abolición de las capitulaciones –una demanda fundamental de los nacionalistas– se ponía ahora sobre el tapete²¹; pero si para los egipcios la abolición constituía un paso decisivo hacia la independencia total, para los británicos significaba algo bien diferente. Un acta redactada en 1935 por un miembro del departamento egipcio del *Foreign Office* lo resume así: «Desde 1922 nuestra postura respecto a las capitulaciones ha sido la de considerarlas como una gran baza para el regateo en cualquier negociación con Egipto»²². El regateo al que se alude aquí consistía en usar la promesa de una futura abolición de las capitulaciones a cambio de una actitud negociadora más flexible ante las exigencias británicas. Se trataba, en última instancia, de una política encaminada a conceder la independencia a cambio de la aceptación, por parte de Egipto, del «compromiso de seguir siendo un satélite de Gran Bretaña en términos diplomáticos y estratégicos» (Darwin, 1981: 95). Esto podría conseguirse siempre y cuando en Egipto prevaleciera un sistema de gobierno monárquico en el que los nacionalistas o bien no formasen parte del gobierno, o bien estuviesen al menos bajo control (Owen, 2000: 18-19).

²⁰ Gran Bretaña había justificado su ocupación militar de Egipto en 1882 so pretexto de proteger las vidas y las propiedades extranjeras que, según se decía, habían sido amenazadas por la revolución de Arabí. TSIRCAS (1958: 93-119) argumenta que la supuesta masacre de europeos en 1882 había sido exagerada, que a diferencia de lo que se dijo, no se vio afectado ningún griego y que la comunidad en su conjunto no era hostil en un principio a los propósitos de Arabí.

²¹ Lo cierto es que la cuestión de la abolición de las capitulaciones y del sistema de tribunales mixtos fue durante mucho tiempo uno de los objetivos de la diplomacia británica, pese a la oposición de los residentes británicos en Egipto, en su mayoría empresarios. Esta oposición también era respaldada por el alto comisionado lord Lloyd en los siguientes términos: «Los cerebros, la iniciativa, el talante y la cultura que han hecho de Egipto lo que es ahora siempre han sido, y siguen siendo, exclusivamente extranjeros». [Informe anual del *Foreign Office* para Londres tras la agitación vivida en Egipto en 1927 contra los privilegios extranjeros; citado en KITROEFF, 1989: 61].

²² Actas del *Foreign Office* del cinco de marzo de 1935: J 852/507/16 y FO 371190980, citadas en KITROEFF (1989: 56).

Ante la amenaza que suponía el aumento del apoyo popular al Wafd, los gobiernos egipcios anglófilos y Gran Bretaña vieron un terreno común de cooperación en el único de los “cuatro puntos de reserva” de la declaración que no afectaba seriamente a sus intereses en común: la cuestión de la protección de los extranjeros. Las negociaciones sobre este asunto erigieron a Gran Bretaña como única interlocutora legítima con el gobierno egipcio en representación de los residentes extranjeros, como única y exclusiva administradora de los intereses extranjeros y, en consecuencia, como «el factor más importante en lo concerniente al futuro de las comunidades extranjeras de Egipto» (Kitroeff, 1989: 47).

Si el poder tiene el poder de generar más poder, he aquí un ejemplo que viene al caso. Al sacar partido de su posición de poder en Egipto, Gran Bretaña se autoproclamó la garante de los derechos y de la seguridad de los extranjeros, hallando así un medio de protegerse frente a la posibilidad de que la inmunidad ante la legislación local permitiera a cualquier potencia extranjera utilizar a *su* comunidad extranjera para minar los intereses británicos en el país. El Estado griego estuvo lejos de suponer tal amenaza. Se extendía la ideología del irredentismo y, con ella, la voluntad política del Estado griego de transformar esas aspiraciones nacionales en apoyo para un programa de expansión territorial. Enfrascado como estaba en la concepción y preparación de la expedición militar a Asia Menor, al Estado griego le faltó tanto la capacidad cuanto la voluntad de intervenir activamente en el proceso de las negociaciones angloegipcias. En 1920, el Parlamento griego ratificó un acuerdo según el cual los derechos capitulatorios griegos se dejaban en manos de Gran Bretaña para su negociación, a cambio de la promesa –que no garantía oficial– de que se velaría por los intereses de los nacionales griegos. Así, durante más de una década, la diplomacia británica consiguió no sólo contener la independencia egipcia, sino también controlar los asuntos internacionales por medio de la negociación unilateral de los detalles técnicos de la abolición de los privilegios extranjeros. En este tiempo, la comunidad griega y, en particular, sus sectores más vulnerables en lo económico miraban a Gran Bretaña con esperanzas. La firma del Tratado angloegipcio de 1936, con el nacionalista al-Nahhas como primer ministro, confirmó el sentimiento griego de decepción²³. La *Conférence des Capitulaires* celebrada en Montreaux en 1937 abrió el camino para la aplicación gradual de la legis-

²³ Mustafá al-Nahhas Pachá, líder del partido nacionalista Wafd, no tenía ni las aptitudes ni el carisma de Saad Zaglul (1860-1927), considerado como el auténtico fundador del nacionalismo y de la independencia egipcios. Véase MARTÍNEZ MONTÁVEZ (1998).

lación egipcia a los extranjeros y suscitó el final, durante tanto tiempo postergado, de un periodo de privilegios extraordinarios. Gran Bretaña, sin embargo, se reservó el derecho a intervenir en caso de emergencia y se aprovechó de ello durante la Segunda Guerra Mundial, mientras que la abolición efectiva de las capitulaciones no se produjo hasta 1949 (Suloyanis, 1994: 299).

LA COMUNIDAD GRIEGA EN PRIMER PLANO: ESTRUCTURA SOCIAL Y CONTEXTO IDEOLÓGICO

En Egipto los griegos estuvieron presentes en todos los estratos de la sociedad egipcia, a excepción del de los *fellabs*, es decir, de los campesinos. Según Kitroeff (1989: 31), la estructura social de la comunidad, desde mediados del siglo XIX hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, evolucionó hacia una estructura romboide: un grupo reducido y muy poderoso en la cima, seguido de una pequeña burguesía mucho más numerosa y diversificada y, por último, una reducida clase trabajadora urbana en la base²⁴. La riqueza, la autoridad y el poder efectivo del primero de esos grupos sociales procedían de su pronta conexión con la economía algodonera egipcia, pues se trata de aquel grupo de terratenientes, exportadores de algodón y banqueros que establecieron los cimientos de la presencia griega en Egipto y que formaban parte de la “burguesía compradora” europea o “burguesía levantina” que dominó la economía egipcia hasta que el sector algodonero empezó a decaer²⁵. Como grupo, procedían, en general, de la burguesía mercantil griega que floreció bajo dominio otomano mediante el control de las relaciones comerciales del Imperio Otomano con Europa (Hourani, 1947), habían desempeñado un importante papel de apoyo en la guerra de independencia griega de 1821 y se involucraron en los procesos de construcción del joven Estado-nación griego cuando éste se alejaba ya del nacionalismo ilustrado y democrático de Adamandios Coraís y Rigas de Velestino²⁶.

Su condición de pioneros de la presencia griega en un país musulmán como Egipto les había dotado de un profundo sentimiento de identidad ét-

²⁴ Para los años '40, SULOYANIS (1999: 58) aporta las siguientes cifras: un 5 por ciento de capitalistas, un 35 por ciento de pequeña burguesía y un 60 por ciento de clase trabajadora pobre. Sus categorías, sin embargo, son demasiado vagas.

²⁵ PSIRUKIS (1983) trata en profundidad el tema de sus conexiones con el capital extranjero.

²⁶ Véase, por ejemplo, KITROMILIDES (1994). Sobre Ilustración, nacionalismo y traducción, véase LÓPEZ VILLALBA (2003), NICOLAIDOU (2000) y FERNÁNDEZ GONZÁLEZ (1997).

nica y de una conciencia nacional basada en la percepción de diferencias culturales como la lengua, la religión, las costumbres y los valores. Pero, además, poseían una educación notable, dominio de idiomas, una honda experiencia mercantil y, sobre todo, capital y vínculos con compañías europeas que acabaron por situarles «a la vanguardia de la incorporación de Egipto a la economía capitalista mundial del siglo XIX» (Tignor, 1980: 421). Aunque su primera y más importante afiliación fuera, por tanto, con la élite económica internacional de la que formaban parte, y pese a su vocación expresamente europea y cosmopolita, profesaban un profundo sentimiento patriótico y nunca dejaron de cultivar fuertes lazos emocionales con la madre patria²⁷. Ni tampoco dejaron de sostener un discurso marcadamente nacionalista que, con el tiempo, infundirían a la cada vez más numerosa comunidad griega desde su posición de prestigio y autoridad. En otras palabras, se convirtieron en representantes del *statu quo*, en portadores y transmisores de la ideología nacionalista griega.

En efecto, las premisas ideológicas del nacionalismo metropolitano hallaron magníficos aliados entre la élite de la comunidad: la raigambre de las raíces culturales y raciales, el mito de una supuestamente ininterrumpida continuidad racial y cultural desde la época clásica, la insistencia en una identidad étnica griega cuya “esencia”, supuestamente inalterable, radicaba en el “ideal helénico” admirado por un romanticismo europeo poco o nada interesado en la Grecia contemporánea. El período de mayor exaltación de estas premisas ideológicas del nacionalismo metropolitano fueron las décadas en las que se fraguó lo que se conoce como el “Gran Ideal”: la visión política e ideológica de una “Gran Grecia” y un programa militar –mezcla de aspiraciones irredentistas y objetivos expansionistas– para la recuperación de territorios griegos aún bajo dominio otomano²⁸. A pesar de ser un proyecto político que no incluía a Egipto en su programa y, en este sentido, no afectaba directamente a la comunidad griega, sus dimensiones ideológicas hallaron un terreno abonado entre sus notables. La expansión territorial nacional y el nuevo abanico de potenciales actividades económicas que prometía la materialización de semejante proyecto, no podían sino apelar a su pronunciado espíritu empresarial. «Imaginaban que su patria, demasiado pobre en

²⁷ Sus lazos emocionales eran, sobre todo, con sus pueblos natales y se expresaban a través de financiación para obras públicas y de caridad. A cambio, eran declarados grandes benefactores con estatuas erigidas en su honor en las plazas públicas de sus aldeas.

²⁸ Véase KITROMILIDES (1979) para un análisis que distingue entre elementos irredentistas y expansionistas en el discurso ideológico de el Gran Ideal. Para un análisis más reciente sobre nación, nacionalismo e identidad cultural, véase JUSDANIS (2001).

el pasado para mantenerlos a ellos, seguiría los pasos de su éxito personal» (Kitroeff, 1989: 50). Sin embargo, pese al llamado “desastre” de 1922 que supuso, entre otras cosas, la consolidación de Atenas como *único* «centro político y económico del Helenismo, tanto dentro como fuera de las fronteras» (ibid.: 52), los vínculos con la madre-patria permanecieron fuertes.

Sus actividades, centradas en la exportación, y su carácter elitista determinaron las relaciones que mantuvieron con los demás grupos y estratos sociales: complicidad política con la clase dominante egipcia y con la administración británica, «antipatía por la vida oriental de su entorno» (Hourari 1947: 25), miedo y suspicacia frente al emergente nacionalismo egipcio, explotación económica de los *fellabs*. Con el resto de la comunidad griega, en concreto, mantuvieron vínculos que no eran ni directamente económicos ni políticos, aunque sí paternalistas y hegemónicos, desde un punto de vista ideológico. Apartados socialmente del resto de la comunidad y por encima de ella, su riqueza y su prestigio social –su capital simbólico– les permitieron desempeñar un papel dominante en la organización institucional interna de la comunidad²⁹ y ejercer sobre ella un considerable control ideológico como “notables” y líderes “naturales”³⁰.

Para resumir, podríamos decir que el sistema de capitulaciones que, como ya hemos visto, garantizaba derechos y privilegios vinculados a la nacionalidad extranjera de origen, por una parte, y el discurso nacionalista conservador de los notables griegos, por otra, fueron clave en la construcción y en la reproducción de una identidad étnica basada en la percepción de un

²⁹ Su influencia dentro de las organizaciones de la comunidad queda reflejada en el hecho de que «más de un tercio de los 22 miembros del comité ejecutivo de la Comunidad de Alejandría era o bien exportadores de algodón o bien importantes comerciantes de algodón» (KITROEFF, 1989: 81-82). M. C. Salvagos, por ejemplo, que fue presidente de esta Comunidad desde 1919 hasta 1948, fue una figura muy importante en el sector algodónero y en la banca. SULOYANIS (1994) ofrece amplia información sobre los notables, como Salvagos, y su papel en la comunidad griega en general.

³⁰ Stratís TSIRCAS (1958: 186-194) fue uno de los primeros estudiosos de la comunidad griega en cuestionar la noción de una clase alta homogénea griega al señalar dos grupos dentro de la alta burguesía griega: los de «primera clase», que se asentaron en Egipto antes de 1863 y representaban el capital comercial y banquero griego, y los de «segunda clase», que se asentaron en el país después de 1863. La familia de C. P. Cavafy pertenecía, según Tsircas, al primer grupo. Los del segundo grupo, a diferencia de los primeros, eran anglófilos y sus intereses estaban estrechamente vinculados al capital financiero británico. Según YALURAKIS (1967: 174-77), en el período del llamado *dijasmós* o cisma nacional la mayoría de los griegos de Egipto tomaron partido por la figura liberal y anglófila de Veniselos, cuyo ímpetu modernizador apelaba a los intereses de una clase urbana media y baja tanto en Grecia como en Egipto.

“interés común”. Si bien esa percepción de un “interés común” contribuyó a mantener un alto grado de cohesión y unidad en la comunidad, las condiciones reales de la existencia de ciertos grupos a veces la desmentían. No podía ser de otra manera, ya que la relativa homogeneidad de la comunidad griega en su fase más temprana se iba diluyendo, lenta pero inexorablemente, a medida que las sucesivas oleadas de inmigrantes griegos, procedentes de distintas regiones y estratos sociales de la Grecia metropolitana, iban causando una cada vez mayor dispersión social, ocupacional y geográfica. La formación de una pequeña sociedad griega, un microcosmos griego dentro de la sociedad egipcia, no tardaría en completarse.

Según algunos informes del consulado griego, alrededor de 1913 los griegos aún destacaban como pequeños comerciantes del algodón, minoristas e “intermediarios” –un importante eslabón en la cadena de producción algodonera que operaba en las zonas rurales (Kitroeff, 1989: 85)–. La presencia y actividades de este grupo no pudo sino tener, en la terminología de hoy, un importante “efecto llamada” que contribuyó a dispersar a los griegos por todo el territorio egipcio. Desde 1908 en adelante, sin embargo, los egipcios comenzaron a desplazar a los griegos, y a otros extranjeros, en la mayoría de las ocupaciones, incluido el comercio de algodón, un sector que fue precisamente uno de los primeros en sufrir los cambios ocasionados por la reestructuración del comercio mundial. Y, como resultado, aquellos que, como mi propio abuelo, se habían buscado la vida en el Egipto rural, pasaron a engrosar las filas de una pequeña burguesía griega urbana cada vez más numerosa.

El periodo de entreguerras provocó cambios graduales, aunque importantes. El creciente nacionalismo egipcio, tanto político como económico, obligó a los industriales griegos a convertirse, a partir de 1930, en parte de la burguesía industrial de Egipto, tanto institucional como económicamente, y la economía egipcia siguió diversificándose. Esta circunstancia, junto a la creciente penetración de bienes europeos destinados principalmente al consumo europeo, por una parte, y el fracaso en 1922 de la campaña militar del Estado griego en Asia Menor –que causó la última gran oleada de inmigrantes griegos–, por otra, contribuyeron a incrementar tanto el tamaño como la diversidad ocupacional de la pequeña burguesía griega. De forma gradual pasó a estar compuesta por propietarios y productores a pequeña escala, minoristas, artesanos y pequeños comerciantes, administrativos y técnicos de todo tipo, convirtiéndose, finalmente, en el grupo más numeroso y heterogéneo de la comunidad en su conjunto. Atrapados entre la fe en el sistema de capitulaciones, la confianza en su relativamente privilegiada condición de

«europeos» y un sentimiento de inseguridad por el avance de las negociaciones para la abolición de las capitulaciones y por el desarrollo del nacionalismo egipcio, eran especialmente vulnerables a discursos etnocéntricos conservadores. Esto quizás pueda explicar por qué finalmente subordinaron sus intereses de clase a la idea –alentada por el discurso de la clase alta– de un interés étnico común, y por qué, en consecuencia, fueron incapaces de contribuir a quebrar el aislacionismo de la comunidad griega de Egipto. El periodo de 1930-1939 propició la penetración de un gran volumen de capital europeo en la economía egipcia³¹, inversiones al margen de la exportación algodonera, una notable migración de *fellabs* a las ciudades, el crecimiento del sector servicios con más participación nativa, y una clase trabajadora en ciernes.

A pesar de su poca relevancia en cuanto a número³², la clase obrera de la comunidad griega se implicó activamente en la organización de sindicatos y en el movimiento huelguístico en Egipto, una implicación que se remonta a 1899, cuando se fundó el primer sindicato de Egipto, formado por trabajadores del tabaco³³ (Kitroeff, 1989: 137). La industria manufacturera del tabaco fue uno de los sectores de vital importancia de Egipto hasta la Segunda Guerra Mundial y los griegos tuvieron una presencia significativa en ella como importadores de hojas de tabaco, fabricantes, comerciantes, así como cortadores de tabaco y tabaqueros. Las huelgas en este sector se organizaron sobre el principio de solidaridad interétnica y constituyeron todo un ejemplo de acción basada en intereses de clase que trascendían consideraciones étnicas y nacionales. En palabras de Kitroeff (ibid.: 137), «[...] las huelgas en el sector manufacturero del tabaco fueron cruciales para acabar con toda división étnica entre los obreros de la propia industria y para la unión entre los trabajadores europeos y egipcios de diferentes industrias».

Como he sugerido al principio de este trabajo, a veces la literatura, sin pretenderlo, transmite conocimientos o abre vías de comprensión que por

³¹ De acuerdo con KITROEFF (1989: 121) «[...] el capital que procedía del extranjero era el doble de la cantidad del capital nacional invertido». La *Eastern Tobacco Company*, que desde 1930 hasta los años 50 reemplazó a la que en otros tiempos fuera una floreciente industria tabaquera egipcia y llegó a controlar el 70 por ciento del mercado egipcio, es un ejemplo indicativo del capital no residente, extranjero, en Egipto.

³² Según Kitroeff, en 1927 sólo el 5 por ciento de la población total estaba empleada en la industria y el transporte. Samir Amin (Riad, 1964: 41) cifra la proporción de trabajadores en los años 50 en un 3 por ciento de la población total y un 10 por ciento de la población rural.

³³ El primer sindicato, *L'Union Internationale des Ouvriers Cigaretteiers d'Egypt*, se creó en 1899 y fue responsable de la organización de dos exitosas huelgas en 1899 y en 1903. Las huelgas más importantes tuvieron lugar en 1918, una vez concluida la guerra, y en 1924.

derivarse de un discurso literario no son menos válidos que otros. Así ocurre en un episodio de *Ariagni*, la segunda novela de *Ciudades a la deriva*, en el que una referencia explícita a las huelgas de los trabajadores del tabaco a las que acabo de referirme le sirve al autor para reflejar el modo en que diferentes miembros o grupos de la comunidad se posicionaron, es decir, *vivieron subjetivamente*, ésta y otras experiencias parecidas. Evidentemente, la novela no ofrece los pormenores históricos; sin embargo, el autor, con los medios propios de su arte y sirviéndose de dos miembros de una misma familia de ficción, revela a la vez que yuxtapone los dos discursos entre los que se debatió la comunidad: el discurso integracionista, abierto y *filóxeno* representado aquí por *Ariagni*, un ama de casa integrada en su entorno real, y el discurso suspicaz, *alófobo*, y a veces incluso racista, representado por el camarero pequeñoburgués que es su marido.

Ahora bien, si, al menos hasta la Segunda Guerra Mundial, la tendencia aislacionista y la introspección fueron predominantes entre la comunidad griega, probablemente sea porque se alimentaban de discursos hegemónicos que hacían hincapié en la cohesión étnica, en la particularidad cultural y en un vago y mal definido “interés común”, a costa de perspectivas menos etnocéntricas. Pero para ello, para que tales discursos pudieran transmitirse y reproducirse eficazmente, tenía que haber medios, aparatos y mecanismos ideológicos adecuados. Los hubo y su función era “interpelar” a los miembros de la comunidad en el sentido que Althusser (1971) da al término en su teoría de la ideología: dirigirse a ellos de modo que, independientemente de las diferentes condiciones de vida de cada uno, a pesar de las múltiples divisiones –de procedencia, estrato social o clase, formación, edad o sexo– que lógicamente diferenciaban a unos de otros, todos y cada uno de ellos se reconocieran reflejados en dos denominadores comunes y aglutinadores: extranjeros y griegos.

Esa función de “interpelación” mediante la cual la ideología, según Althusser, ejerce su poder sobre los sujetos, queda perfectamente ilustrada en el siguiente episodio de *Ciudades a la deriva*: el hijo pequeño de *Ariagni* –heroína de la novela homónima– llega un día a casa con una herida en la cabeza. Los amigos de Nicos, chavales egipcios del vecindario, explican que su bando se había adentrado en el “territorio” griego y se había visto implicado en una pelea callejera con otro bando de chavales, estos últimos griegos. La madre interroga a Nicos y el resultado es el siguiente diálogo (2005b: 279-280):

- «—No estaba con ellos —dijo el chaval, en griego esta vez.
—Pues, ¿con quién estabas?»

- Madre, ¿no lo entiendes? Yorgos Cacalidis es compañero mío de clase. Y me gritó: «Moro de mierda, capado, los griegos estamos aquí».
- ¿Y fuiste con los que te insultaban?
- El chaval vaciló. Solo ahora sintió ganas de llorar».

De nuevo, la literatura ayuda a percibir la complejidad de nociones que suelen pasar por evidentes: ¿qué significa ser extranjero?, ¿qué significa ser griego?

APARATOS IDEOLÓGICOS Y COMUNIDAD GRIEGA

Si lo dicho hasta ahora avala la descripción de la comunidad griega de Egipto como una sociedad dentro de otra, entonces también avala su descripción como una “comunidad imaginada” del modo en que, según Anderson (1983), lo es toda comunidad nacional que se autoconstruye como tal. Y si es así, no es extraño que una de las principales funciones de su organización interna fuera contrarrestar tendencias que eran, o se percibían, como centrífugas —es decir, como destructoras de una unicidad entendida como algo natural y dado de antemano— a través de “aparatos” definidos étnicamente y generadores de prácticas, ideologemas y discursos³⁴: por ejemplo, entidades o instituciones como el consulado griego y la cámara de comercio (que vinculaban la comunidad con el Estado griego), la Iglesia ortodoxa griega, las escuelas y el sistema educativo, la prensa y, sobre todo, la organización formal de la comunidad en *Kinótites* [Κοινότητες], es decir, comunidades locales.

El consulado griego, establecido en un primer momento en Alejandría en 1843, fue el cordón umbilical por excelencia de la conexión entre la comunidad y el Estado griego. Como es lógico, sirvió de canal para el fomento del irredentismo griego y la ideología del llamado “Gran Ideal” que conjuntamente definieron la política exterior del Estado griego hasta el desastre de 1922. Aunque, como ya se ha dicho, Egipto nunca fue incluido en este proyecto de expansión territorial, esta institución desempeñó un papel crucial a la hora de conseguir el apoyo ideológico de los notables griegos, apoyarse en sus conexiones e influencia políticas dentro de la comunidad internacio-

³⁴ Aquí me he apoyado en la distinción que hace ALTHUSSER (1971) en su teoría de la ideología entre aparatos de poder “represivos”, como puede ser el ejército o la policía, e “ideológicos”, como pueden ser los educativos o los religiosos, entre otros.

nal, y asegurarse su generosa financiación de obras públicas –hospitales, escuelas, carreteras, museos, bibliotecas, etc.– en forma de donaciones. Así, incluso después de 1922 y del cambio de rumbo en la política exterior griega que supuso aquel desastre, el consulado no se limitó a funciones estrictamente consulares, sino que mantuvo un papel activo en la vida comunitaria, especialmente a través del control de las escuelas griegas.

Diseñadas según el sistema educativo griego, las escuelas griegas de Egipto recibían los libros de texto de Grecia y aplicaban el mismo plan de estudios. Se trataba, pues, del sistema educativo que se había implantado en Grecia con la instauración del Estado griego en la década de 1830; un sistema basado en el alemán que, en palabras de Dimarás (1981: 9), estaba «por aquel entonces fuertemente influido por una admiración hacia el pasado clásico, [y que] los griegos no tenían dificultad en aceptar, pues también servía a su deseo de recobrar su identidad nacional y reforzar los vínculos con sus gloriosos ancestros». En otras palabras, se trataba de un sistema educativo de corte romántico-nacionalista, herderiano, fuertemente anclado en los logros del pasado clásico como referentes primordiales y últimos. Pero, si se puede conceder que tal sistema respondía a las necesidades, en aquel momento urgentes, del proceso de construcción del joven Estado-nación, difícilmente se puede justificar su implantación en un contexto como el de Egipto³⁵, tan radicalmente distinto del metropolitano.

La relación de los grecoparlantes y, en general, de los residentes extranjeros con la lengua mayoritaria del país, el árabe, delata lo inadecuado del sistema en cuestión. La mayoría de los notables y de los griegos de clase alta, como el propio C. P. Cavafis (1863-1933), por ejemplo, no manejaban el árabe ni en su forma escrita ni en la oral. Tampoco les hacía falta puesto que la élite egipcia, el único estrato de la sociedad local con el que confraternizaban, usaba el francés. En cambio, era muy común entre ellos el amplio conocimiento de las lenguas y literaturas inglesa y francesa. El resto de los grupos manejaba, y bien, el árabe coloquial, pero no como consecuencia de su aprendizaje formal, que no existía, sino simplemente por su proximidad física a los propios egipcios, en los barrios y lugares de trabajo. Pero llegó un momento en que esta situación ya resultaba insostenible. El contexto egipcio sufría cambios, y factores que ya se han mencionado –la abdicación del Estado

³⁵ Dejando aparte los vaivenes de la cuestión de la lengua –es decir, del debate sobre el alcance de la enseñanza de la lengua demótica–, este sistema educativo decimonónico no se cuestionó de manera radical hasta bien entrada la década de los 50. Sobre los efectos sociales y las dimensiones políticas e ideológicas del sistema educativo griego, véase TSUCALÁS (1977: 313-320, 503-556), FRANGUDAKI (1981) y MUSELIS (1992: 174-177).

griego de su derecho, como potencia capitulatoria, a negociar los intereses de sus ciudadanos, la obligación de competir en igualdad de condiciones con la población egipcia en el mercado laboral y, en general, la creciente ansiedad sobre el futuro de la comunidad– hicieron que, ya desde los años veinte del siglo pasado, se comenzara a introducir ciertos cambios. Gradualmente, el árabe fue introduciéndose en el plan de estudios, algo que, con el tiempo, proporcionaría a los griegos algún conocimiento del árabe escrito que, si bien limitado, facilitaba su acceso a un mercado laboral cada vez más competitivo. En general, sin embargo, parece que las escuelas griegas permanecieron poco sensibles a los cambios que ocurrían en la sociedad egipcia, ya que todavía en 1948 G. Azanasiadis, un intelectual prestigioso de la comunidad, exigía la modernización del sistema y advertía sobre el peligro de los «ideales pseudoclásicos que se están transmitiendo a los jóvenes»³⁶.

La educación, sin embargo, no era la única fuente de formación cultural de los jóvenes. La Iglesia ortodoxa griega, con sus prácticas y ritos entrelazados con la vida diaria de la comunidad, era igual de importante. De modo que, en un país musulmán como Egipto –no lo olvidemos– el aparato religioso, al igual que el educativo, apenas podía no desempeñar un papel determinante en la autopercepción y autodefinición de los griegos en términos de particularidad étnica y cultural. Y es posible que, en el ámbito político, la influencia de la Iglesia ortodoxa griega estuviera más o menos controlada, digamos, por instancias laicas de poder³⁷, pues tampoco hay que olvidar que la élite de la comunidad, por muy religiosa y patriótica que se mostrara, nunca se despegó de una perspectiva esencialmente cosmopolita, pero su importancia en el ámbito cultural era todo menos insignificante. En síntesis, se podría decir que, a pesar de las diferencias entre los dos contextos, en Egipto se reprodujo la misma relación entre Iglesia y poder laico que había, y hay, en Grecia: la no separación. A través de su historia como institución, la Iglesia ortodoxa griega ha mostrado siempre una notable habilidad para combinar un discurso religioso, aparentemente universalista, con otro marcadamente etnocéntrico; y quizás esto explique por qué su relación con el poder siempre se ha caracterizado por la rivalidad (en lo referido a la autoridad), pero también por la complicidad, tanto en Grecia misma como en

³⁶ Véase también PAPANUTSOS (1982: 29).

³⁷ Es interesante señalar, en este sentido, que la Comunidad de Alejandría se llamaba en un principio «Comunidad ortodoxa greco-egipcia». Sin embargo, en 1887, el nombre fue cambiado a «Comunidad helénica de Alejandría». Según KITROEFF (1989: 17), este cambio de denominación indica una lucha entre Iglesia y Comunidad por la hegemonía, pero también el predominio de una definición de la etnicidad más secular que religiosa.

Egipto. Pieza angular, entonces, en los procesos de reproducción de la identidad griega, fuente de cohesión y de unidad, la Iglesia ortodoxa griega mantuvo su relevancia gracias a ello y gracias al apoyo de la élite de la comunidad³⁸, ya que sus diferencias estribaban más en cuestiones de estrategia que en lo sustancial: la religión como cimiento de la conciencia étnica, para la Iglesia; la nación como institución para la élite griega.

Hasta el momento, he utilizado el término “comunidad”³⁹ para referirme al conjunto de los residentes grecoparlantes en Egipto que, independientemente de su ciudadanía, se identificaban como étnicamente griegos. Sin embargo, los propios griegos de la comunidad utilizaban el término “Comunidades” –*Kinóttites* [Κοινότητες]–, con inicial mayúscula, para referirse a algo mucho más concreto: al marco formal que agrupaba y coordinaba las numerosas instituciones, organismos y asociaciones étnicas establecidas en los principales centros urbanos: El Cairo, Alejandría, Port Said.

Oficialmente, la función de las distintas Comunidades se limitaba a la administración de las escuelas y a financiar y dirigir instituciones de carácter benéfico. En la práctica, sin embargo, iba bastante más allá y tuvo consecuencias a largo plazo para la comunidad en su conjunto. Bajo el control directo de la clase alta, su papel en el mantenimiento del *statu quo* mediante la reproducción de los discursos ideológicos dominantes y de las relaciones sociales fue muy importante. El siguiente fragmento de un discurso pronunciado por el presidente del Tribunal consular griego en Alejandría, el 15 de septiembre de 1919, ante el ministro griego, sirve para dar una idea del discurso oficial que revestía las funciones de las Comunidades:

[...] Su *raison d'être* es helénica, completamente helénica. La idea helénica es la que ha inspirado a los fundadores de las comunidades y la que

³⁸ Fundada en Alejandría por el apóstol san Marcos en el año 43 d. C., la Iglesia ortodoxa apelaba con frecuencia a su larga tradición y a su prolongada presencia, algo que proporcionaba argumentos muy útiles a aquellos sectores de los intelectuales ansiosos por justificar la presencia griega en Egipto demostrando la profundidad de las raíces culturales griegas en el país.

³⁹ La lengua griega tiene varios términos para designar a las comunidades étnicamente definidas de la diáspora. El más corriente es *parikía* [παρουσία] que, etimológicamente, pone el énfasis en la distancia del hogar: *para* [παρα], que significa más allá, + *oikos* [οἶκος], que significa hogar. El término *apikía* [απουσία] –que significa colonia– puede aplicarse a otras comunidades extranjeras de Egipto, como la británica, por ejemplo, pero no es aplicable al caso de la comunidad griega. Sobre estos términos véase PSIRUKIS (1983: 19-21). Hoy por hoy, la referencia a la actual diáspora griega en todo el mundo se hace mediante el término *omoyenia* [ομογένεια], que pone el énfasis en los vínculos de sangre, es decir, raciales: *homo* [ομο] + *genos* [γένος] –familia, estirpe, raza–, como en homogeneidad. Éste es el término que se utiliza con más frecuencia en la cadena griega de televisión pública por satélite y en el discurso institucional del Estado griego.

hoy mismo sigue inspirando a sus miembros para el desarrollo moral y material de los griegos en Egipto, el cultivo del espíritu helénico y la idea de la patria. Sus escuelas funcionan de acuerdo con los planes de estudio de Grecia establecidos por el Ministerio de Educación Pública con el objeto de educar a los niños griegos y de promover la cultura y la lengua griegas en Egipto. Sus hospitales cuidan y sanan a todos los griegos y contribuyen al desarrollo de la investigación científica por parte de griegos»⁴⁰.

Las Comunidades estaban dirigidas por un comité ejecutivo cuyos miembros procedían de los estratos sociales de la clase alta de la comunidad y, la mayoría de las veces, eran los mismos que se sentaban en la junta directiva de las cámaras de comercio griegas⁴¹. Por una parte, pues, estaban dirigidas de forma poco democrática, ya que la presencia de los notables en los comités ejecutivos excedía su peso numérico en el conjunto de la comunidad. Pero más importante aún es el hecho de que su poder económico –su riqueza– les permitía proporcionar servicios sociales –hospitales, escuelas, instituciones benéficas– cuya “plusvalía”, digamos, consistía en acumular poder simbólico: autoridad y hegemonía ideológica. Las instituciones benéficas o caritativas –orfanatos, albergues o asilos para los pobres–, que funcionaban muy eficazmente en las Comunidades, son un buen ejemplo de ello. Mediante la provisión de asistencia social, la caridad organizada y “despersonalizada”, como apunta Kitroeff (1989: 146)⁴², cumplía varias funciones a la vez: ofrecía cierta protección a los sectores más desfavorecidos de la comunidad cuando el sistema estatal de seguridad y servicios sociales brillaba por su ausencia y, por supuesto, contribuía a un mayor sentimiento de solidaridad y cohesión étnica; al mismo tiempo, ofrecía a la clase alta un excelente modo de cultivar su estatus social y su prestigio, verse y proyectarse en los términos de “obligación moral” y “responsabilidad social” propios de benefactores y líderes naturales⁴³ –de hecho, el carácter organizado y despersonalizado de

⁴⁰ Archivos de la Comunidad griega de Alejandría, vol. 49 (1920); citado en KITROEFF, 1989: 145.

⁴¹ Establecidas en un principio en Alejandría (1903) y en El Cairo (1924) para promover el comercio entre Grecia y Egipto.

⁴² A diferencia de lo que ocurrió en Grecia, donde el clientelismo fue un rasgo prominente de las relaciones entre ciudadanos e instituciones (MOUZELIS, 1978: 64-67), el carácter organizado y despersonalizado de las instituciones benéficas de la comunidad evitó la creación de relaciones clientelistas.

⁴³ TSUCALÁS (1977: 492-494) ha tratado el fenómeno de la beneficencia en la diáspora y la reproducción de las relaciones sociales. Sobre el papel de los benefactores de la diáspora en la cultura rural de Grecia véase CAMPBELL (1964).

sus actividades caritativas no impidió que sus nombres estuvieran escritos con letras de oro en columnas de mármol que decoraban edificios de la comunidad, como hospitales, escuelas y orfanatos–, a la vez que ocultaba el verdadero carácter del tejido social de la comunidad: diverso y jerárquicamente estratificado.

Un ejemplo de cómo la caridad organizada funcionaba en la práctica. Según se cuenta en mi familia, no era inusual entre amas de casa griegas complementar los ingresos familiares cortando patrones de ropa interior de algodón, masculina y femenina, para la organización caritativa –llamada *filólptojos* [φιλόπρωχος] en griego– de la Comunidad local y, a cambio de un pequeño pago adicional, distribuirlos después entre compatriotas más necesitadas. Por una pequeña cantidad de dinero, esas mujeres cosían las piezas de ropa cortadas y hacían ropa interior que, después, eran distribuidas *de forma gratuita* entre las familias griegas más necesitadas por las señoras de clase alta que, en sus ratos libres, se dedicaban a la beneficencia. Así, y sin perjuicio de los más nobles sentimientos de filantropía y solidaridad, se había puesto en marcha una cadena de producción con mano de obra femenina y barata que implicaba a varios sectores de la comunidad⁴⁴: desde las señoras de la clase alta que repartían ropa y pequeños trabajos, hasta los necesitados receptores del “regalo” en el otro extremo.

En otro orden de cosas es bien sabido que, hasta la irrupción de los sofisticados medios de comunicación audiovisual de hoy, un vehículo crucial para la cohesión de cualquier comunidad étnica o nacional, así como para la reproducción o, en su caso, el cuestionamiento de los discursos ideológicos dominantes, fue la palabra escrita: es decir, la prensa y la producción literaria e intelectual y, por extensión, los intelectuales. En la comunidad griega de Egipto, donde el primer periódico escrito en lengua griega apareció en 1862 (Mijailidis, 1972: 50), la prensa –con el periódico liberal *Tajidromos* a la cabeza– desempeñó ese papel al transmitir información sobre lo que ocurría en Grecia y, por tanto, contribuir a mantener los vínculos con la madre patria, hacerse eco de los debates sobre el futuro de la comunidad y, no menos importante, moldear la autoconcepción de los propios egipcios. A través de la palabra escrita, pues, la comunidad contó también con sus intelectuales “orgánicos”, es decir, periodistas, abogados, profesores, estudiosos y literatos de todo tipo que contribuyeron a la cementación y reproducción de los valores sociales y culturales de la élite en la que estaban integrados.

⁴⁴ Véase cómo Gayatri SPIVAK (1999) trata la cuestión de la mano de obra femenina en sociedades poscoloniales de hoy.

Si para el conjunto de los griegos en Egipto el pasado macedonio, es decir, griego de la ciudad de Alejandría era, lógicamente, una fuente de orgullo cultural y nacional, para los intelectuales orgánicos que dedicaron su energía a demostrar una presencia griega ininterrumpida en el país desde la época de Alejandro Magno era más que eso. Al atribuirse el papel de «pioneros de civilización» (Politis, 1930: 5) y reclamar una descendencia directa de los Ptolomeos ennoblecían la presencia griega en Egipto, a la vez que se justificaban las alianzas políticas y prácticas económicas de la clase dominante⁴⁵.

Pero la comunidad contó también con intelectuales cuya actividad a veces superaba la de Grecia y provocaba la admiración de sus homólogos atenienses por su espíritu abierto, cosmopolita y sensible a las corrientes literarias más actuales. Las revistas literarias *Nea Soi* [*Νέα Ζωή* = Nueva vida] (1904-1927) y *Grámata* [*Γράμματα* = Letras] (1911-1921), ambas publicadas en Alejandría, son un ejemplo concreto de ello. Se trataba, principalmente, de escritores, poetas y críticos literarios con una actitud crítica frente a discursos como el anterior: el propio Cavafis, por ejemplo, u otros como Nicos Nicolaidis, Ceodosios Pieridis, Stratís Tsircas, Eleni Voíscu, Andonis Mártalis, o Sclirós (que fue el primer sociólogo marxista griego), entre otros⁴⁶. Como veremos, de ellos, precisamente, surgirían con el tiempo discursos y prácticas alternativas.

DISCURSOS Y PRÁCTICAS ALTERNATIVOS: LA IZQUIERDA GRIEGA EN EGIPTO

El hecho de que, como he ido subrayando, el peso social y cultural de la élite de la comunidad fuera grande, no quiere decir que su hegemonía ideológica pasara del todo incontestada. La comunidad griega contó también con sectores progresistas y con organizaciones de la izquierda que, como veremos, cobrarían más relevancia en los años de la Segunda Guerra Mundial y después.

Un temprano, aunque efímero, intento de introducir cambios en las condiciones de existencia de la comunidad fue la creación de la *Liga Progresista Popular Griega* de Alejandría en 1930. Fundada por empresarios e industriales –un sector incipiente, pero más alerta, cabe suponer, a las nuevas reali-

⁴⁵ Véase, por ejemplo, MIJAILIDIS (1927) y PALEOLOGOS (1953).

⁴⁶ Para una información general, véase KITROEFF (1983). STAVRIDI-PATRIKIÚ (1988) proporciona más información sobre el entorno intelectual social-demócrata de Egipto y su relación con los intentos veniselistas de reforma. Para más información sobre revistas, periódicos y entorno intelectual, véase también YALURAKIS (1974: 247-263), DASCALÓPULOS (1990) y JADSIFOTIS (1999).

dades–, la asociación llegó al punto de proponer que la adopción de la ciudadanía egipcia podría ser algo positivo para los griegos de Egipto. La propuesta llegó a exponerse, pero nunca se llevó a la práctica, en parte porque el proceso tan prolongado de las negociaciones angloegipcias para la abolición de las capitulaciones no dejaba de alentar la esperanza de una salida negociada que no trastornara demasiado de las condiciones de existencia de la comunidad. En el ámbito de la izquierda los primeros en empezar a organizarse fueron los intelectuales que, ya en los años veinte, habían participado en la creación en Alejandría del llamado *Groupe d'Études Sociales*, dos de cuyos miembros desempeñarían un papel importante en la fundación del Partido Comunista de Egipto en 1923⁴⁷. Y en los años treinta la *Ligue Pacifiste* ya incluía a miembros griegos, como Ceodosis Pieridis o el propio Tsircas, cuyo activismo político se mantendría hasta el final. Sin embargo, fue la Segunda Guerra Mundial –en la que el Oriente Próximo fue uno de los escenarios bélicos más cruciales⁴⁸– la que provocó sacudidas y cambios de gran alcance que favorecieron actitudes más integracionistas en la comunidad, convirtiéndola al mismo tiempo en un factor clave para el futuro de la Grecia metropolitana.

Por lo pronto, tras la invasión alemana de Grecia, Egipto se convirtió en el país asilo para el rey Jorge II, la clase política con Emanuél Tsuderós a la cabeza y una parte del ejército griego, al igual que para los cientos de civiles, soldados y oficiales que, clandestinamente, iban huyendo de la ocupación nazi. De este modo se constituyeron el llamado “gobierno del exilio” o “gobierno de El Cairo”⁴⁹, así como las Fuerzas Armadas griegas de Oriente Próximo, que se sumaron a las Fuerzas Aliadas bajo el mando militar británico. Mientras tanto, en Grecia, pronto empezó a surgir, y con el tiempo a consolidarse, un movimiento de resistencia popular organizado por el *Frente de Li-*

⁴⁷ Se trata de Iordanis Iordanidis –marido de la conocida escritora María Iordanidu– y de Sakelaris Yanacakis, un autodidacta dedicado al comercio de esponjas. Él y el judío alemán Joseph Rosenthal fueron los europeos más influyentes en el Partido Comunista Egipcio. Como apunta KITROEFF (1989: 139), «los comunistas griegos en Egipto sabían que para los egipcios era necesario liderar el movimiento comunista en su propio país y siempre intentaron permanecer en un segundo plano. Pero unos años después de que las autoridades disolvieran el Partido en 1924, fue Yanacakis el que comenzó a reorganizar la red comunista».

⁴⁸ Basta con recordar aquí el avance de Rommel y las famosas batallas de Marsa Matruh y El Alamein.

⁴⁹ E. Tsuderós, antiguo ministro de Elefcerios Veniselos, fue nombrado primer ministro y asumió la tarea de reconstruir el gobierno griego en el exilio. Para muchos, sin embargo, ese gobierno carecía de legitimidad puesto que se consideraba que, en el fondo, no era más que una continuación del régimen dictatorial impuesto por el golpe militar de Metaxás en 1936.

beración Nacional (EAM) [Εθνικό Απελευθερωτικό Μέτωπο] –una amplia alianza de individuos y grupos políticos antifascistas– y liderado por el Partido Comunista de Grecia (KKE). La brutalidad de la ocupación alemana en Grecia apenas podía dejar indiferente a la comunidad griega⁵⁰, ni tampoco podía dejar de influir, en los sectores liberales y de izquierdas, el cada vez más amplio movimiento de resistencia que, muy pronto, comenzó a adquirir visos de revuelta social contra las estructuras de poder de la preguerra (Jalalambis, 1985: 25; Margaritis, 1993). En 1941 se creó un comité con el fin de coordinar actividades de apoyo a la lucha que se libraba en Grecia, y pronto la iniciativa desembocó en la creación de organizaciones antifascistas dentro de cada uno de los ejércitos griegos –tierra, mar y aire– con el doble propósito de acabar con la influencia de los oficiales de extrema derecha que, con el beneplácito del gobierno griego en el exilio y de las autoridades militares británicas, seguían en el mando, y difundir y promover las reivindicaciones políticosociales del EAM con vistas a la posguerra. Estas movilizaciones culminaron en 1943 con la creación, en el Cairo, de la *Liga de Liberación Nacional* (EAS) [Εθνικός Απελευθερωτικός Σύνδεσμος], que a través de *Elin* [Ἑλλην = griego / heleno], su principal órgano de propaganda, pretendía involucrar a los griegos de Egipto en la lucha contra el fascismo allí dónde se manifestara⁵¹.

A partir de ese momento, el camino hacia los llamados “acontecimientos de Oriente Próximo”⁵² –acontecimientos que para muchos constituyen el primer acto de la guerra civil que se avecinaba– estaba abierto. Se había creado una situación, tanto en la Grecia misma como en la comunidad y dentro de las fuerzas armadas que, para los intereses de la clase gobernante griega y el gobierno británico, resultaba excesivamente preocupante. El protagonismo del EAM y de su brazo militar procomunista –el *Ejército Popular de Liberación Nacional* (ELAS) [Εθνικός Λαϊκός Απελευθερωτικός Στρατός]–, sus reivindicaciones políticas y sociales y, sobre todo, el apoyo civil y militar del que llegaron a gozar, hacían temer por el futuro de la monarquía griega y sos-

⁵⁰ TSIRCAS (1962) dibuja detalladamente el modo en que la comunidad expresó su solidaridad con la Grecia ocupada e intentó aliviar las penurias de la población mediante colectas y actividades culturales.

⁵¹ En la *Liga* militaron no sólo reconocidos intelectuales de la izquierda, como el poeta Ceodosis Pieridis y Stratís Tsircas, sino también destacados profesionales liberales de clase media de la comunidad.

⁵² Véase, por ejemplo, NEFELUDIS (1981), KITROEFF (1984) y JONES (2002). La trilogía de Tsircas, por su parte, ofrece un amplio tratamiento literario de estos acontecimientos en su segundo y tercer volumen.

pechar que, tras la guerra, sería muy difícil mantener a Grecia dentro de la esfera de influencia del bando occidental. El espectro de la guerra fría hacía ya su aparición y el temor a la posibilidad de un cambio constitucional radical en Grecia convenció al gobierno británico, en connivencia con el gobierno griego en El Cairo, de que había que tomar medidas drásticas. Las oportunidades para ello empezaron a darse a partir de marzo de 1943, cuando el enfrentamiento entre promonárquicos y nostálgicos del régimen dictatorial de la preguerra, por un lado, y liberales y demócratas, por otro, se había agudizado hasta tal punto de provocar episodios violentos en las dos Brigadas griegas. Las autoridades militares británicas no tardaron en reaccionar con medidas disciplinarias extremas: en julio de 1943, so pretexto de la disciplina y entrenamiento militares, obligaron a las dos Brigadas a atravesar el desierto de Siria a pie y bajo un sol infernal, para proceder después a arrestos, juicios militares, desplazamientos a campos de concentración y purgas. Era el anuncio del trágico desenlace de los “acontecimientos de Oriente Medio”.

La segunda y definitiva oportunidad llegó en marzo de 1944, en el Cairo, cuando una comisión de oficiales de todas las fuerzas, menos la Marina, solicitó presentar al primer ministro griego Tsuderós un memorándum que exigía el reconocimiento del *Comité Político de Liberación Nacional* (PEEA) [Πολιτική Επιτροπή Εθνικής Απελευθέρωσης], es decir, del gobierno provisional que acababa de constituirse en las zonas montañosas controladas por la resistencia en Grecia, además de la formación inmediata de un gobierno griego de unidad nacional que incluyera a *todas* las organizaciones de resistencia y a *todas* las fuerzas políticas. El éxito de la guerra ya estaba asegurado y había llegado el momento de asegurar también que la posguerra en Grecia se desarrollaría en condiciones democráticas. El memorándum fue de hecho presentado, pero inmediatamente después varios miembros de esa comisión fueron arrestados, otros huyeron y pasaron a la clandestinidad, mientras que un elevado número de soldados fue trasladado a campos de concentración, lejos del frente. Esta respuesta a lo que se consideraban exigencias justas y democráticas bastó para encender la mecha y provocar actos de insubordinación y manifestaciones parecidas también en la Marina. La situación dentro del ejército griego se había vuelto tan explosiva, que Churchill decidió asumir personalmente el control, dispuesto incluso a utilizar las armas si fuera necesario, cosa que ocurrió la noche del veintidós al veintitrés de abril de 1944, dejando atrás once muertos y treinta heridos (Kitroeff, 1980). Los líderes de la *Liga de Liberación Nacional* en El Cairo y Alejandría fueron arrestados y, más tarde, cuando se celebró la Conferencia del Líbano para la formación de un gobierno de unidad nacional y, paradójicamente,

los representantes de las organizaciones griegas de resistencia hicieron pública una condena oficial de los acontecimientos calificándolos de “motines”, la organización se disolvió⁵³.

Como demuestra el caso de la *Liga*, la guerra había reforzado los vínculos con la madre patria hasta tal punto que, para apoyar un proyecto político *nacional* de futuro para la Grecia de posguerra, los militantes progresistas de la comunidad habían optado por romper con «la organización política socialista que había funcionado en Egipto antes de la guerra y en la que estaban incluidos tanto extranjeros como egipcios» (Kitroeff, 1984: 29-31). Por eso, tal vez, su discurso antiaislacionista y políticamente sensible a un contexto poscolonial próximo (Anastasiadis, 1993) no logró disipar el creciente sentimiento de inseguridad y de crisis en la comunidad, y su propósito de evitar un éxodo masivo impulsando estrategias no etnocéntricas en pos de una mayor integración no tuvo el resultado deseado.

Dicho esto, lo cierto es que desde 1945 la izquierda griega apoyó las reivindicaciones independentistas egipcias mediante campañas activas (Gorman, 2002: 6-7). En un primer momento celebró sin reservas el golpe de los Oficiales Libres de 1952⁵⁴ y durante la crisis del canal de Suez⁵⁵ hizo campaña a favor de Egipto. No obstante, Gorman sugiere que la relación de la izquierda griega con el socialismo egipcio fue menos fluida de lo deseable debido a ciertos «obstáculos prácticos y políticos» (2002: 3). Sin duda los hubo. Desde su aparición en la década de 1920 hasta la consolidación de Gamal Abdel Nasser como líder del nacionalismo panárabe⁵⁶, la izquierda egipcia había operado bajo duras medidas de represión, y para la izquierda griega las cosas tampoco eran fáciles. Independientemente de consideraciones de nacionalidad, las circunstancias políticas en Egipto y las eficaces redes de espías –con

⁵³ Estos acontecimientos, así como la publicación de *Elin*, las actividades del núcleo izquierdista de la EAS (*Liga de Liberación Nacional*) y la implicación de la comunidad griega en todo ello están presentes en la trama narrativa de la trilogía *Ciudades a la deriva* y constituyen uno de los referentes históricos más discutidos y polémicos de la obra. Varios años después Tsircas llegó a afirmar que su principal objetivo al escribir la trilogía había sido defender la integridad ética y política de todos esos soldados, oficiales y activistas que participaron en los trágicos acontecimientos.

⁵⁴ Véase, por ejemplo, el artículo editorial de Tsircas «Νέα Ζωή Προχωρεί» [«Avanza una nueva vida»] en el periódico *I Foni*, 3 de agosto de 1952.

⁵⁵ Tsircas y otros exhortaron a los intelectuales británicos y franceses a alzar sus voces en apoyo a Egipto (Procopaki, 1985: 21).

⁵⁶ Merece la pena señalar que el régimen de Nasser abolió todos los partidos en 1953 y los reemplazó por organizaciones colectivas que culminaron en la *Unión Socialista Árabe* (USA) en 1961. Véase OWEN (2000: 150).

el consiguiente riesgo de deportación– imponían la clandestinidad a la militancia y el activismo político. La persecución y las medidas represivas contaban, además, con la complicidad de los aparatos de la comunidad, convirtiendo así la cuestión de la seguridad en un asunto de absoluta prioridad para los comunistas griegos⁵⁷. A pesar de estas dificultades, dos organizaciones de la izquierda griega habían estado actuando en Egipto ya desde principios de la década de 1940: la organización griega *Vanguardia Antifascista* (AP) [Αντιφασιστική Προτοπορία]⁵⁸ y la sección griega del HADITU (*Movimiento Democrático Nacional de Liberación*).

Según Gorman (2000: 4), durante la década de 1950 «la AP contaba con más de doscientos miembros –de los cuales un tercio eran mujeres– reclutados entre obreros, empleados y profesionales técnicos». El programa político de la organización –que fue creada en 1943 como una especie de organización adjunta a la ya mencionada *Liga de Liberación Nacional*⁵⁹– se centró en tres áreas interrelacionadas, aunque de peso desigual: la política interna de la comunidad griega y la lucha contra el conservadurismo de la oligarquía; el apoyo al movimiento nacional egipcio; y, sobre todo, la política nacional griega, con la que se mantuvo vinculada a través de una estrecha relación con el Partido Comunista griego que, al parecer, ejerció una influencia considerable en ella (Botman, 1988: 5, Gorman, 2002: 7)⁶⁰. Pero, evidentemente, el contexto político, económico, social e ideológico de Egipto no era el de Grecia, las estrategias políticas no podían traducirse fácilmente de un con-

⁵⁷ Un importante foco para el reclutamiento y contacto entre militantes y simpatizantes eran las distintas asociaciones y clubes culturales, frecuentados sobre todo por jóvenes.

⁵⁸ La AP poseía tres órganos de prensa: el ya mencionado *Elin* (1940), *I Foní* [Η Φωνή = La voz] (1952-53) y *O Páricos* [ο Πάρικος = El emigrado] (1953-61). *Elin* fue clausurado en 1947, en plena época de guerra civil en Grecia. Según su editor, Jrisostomidis, *O Páricos* nunca fue reconocido por la Embajada griega en El Cairo, y su publicación se suspendió en 1961 ante la presión de las crecientes medidas anticomunistas de Nasser (Gorman, 2002: 15).

⁵⁹ La *Liga de Liberación Nacional* fue a su vez creada en apoyo del *Frente de Liberación Nacional* (EAM) en Grecia. Ceodosis Pieridis que, junto con Tsircas, había sido miembro fundador de la *Ligue Pacifiste* de antes de la guerra, fue su primer secretario y editor de *Elin*, el boletín de la *Liga* que circulaba durante la guerra entre las fuerzas militares griegas en Oriente Medio. Véase NEFELUDIS (1981: 70-71) y KITROEFF (1984).

⁶⁰ ANASTASIADIS (1993: 99) considera una prueba elocuente de ello la sustitución de Tsircas, por orden expresa del líder del Partido Comunista griego en 1951, por P. Pángalos como secretario de la organización. Esta circunstancia llevó a ciertos sectores de la crítica griega a ver en el personaje ficticio apodado «el Hombrecillo» (Ανθρωπάκι) un retrato excesivamente cáustico del propio Pángalos y a atribuir al autor, Tsircas, motivos de resentimiento personal. Todo esto formó parte de la extraordinaria polémica que suscitó la publicación de la trilogía de Tsircas en Grecia.

texto al otro, de modo que este último foco no hizo sino acentuar las complejidades y multiplicar los dilemas a la hora de buscar políticas capaces de abarcar luchas muy distintas entre sí y propias de una sociedad multiétnica. En cuanto a los obstáculos “prácticos”, Gorman (2002: 3) señala las dificultades lingüísticas. Como ya se ha dicho, el árabe se introdujo tarde en las escuelas griegas y, cuando lo hizo, su enseñanza fue limitada a un nivel básico como cuarta lengua después del griego, el francés y el inglés. Si consideramos la importancia que se concede hoy en día a la integración lingüística de las minorías étnicas en las sociedades multiculturales, la observación no es baladí. Significa que, aparte de “obstáculos prácticos y políticos”, también los había ideológicos.

A diferencia de la AP, la otra plataforma de activismo político, la sección griega del movimiento comunista egipcio, se definía como parte integral de él, no estaba comprometida con la política de la comunidad griega y defendía una postura inequívocamente orientada al contexto del país de adopción. La sección griega procedía de *Iskra*, un grupo creado en 1942 por Hillel Schwartz. A diferencia del *Movimiento Egipcio de Liberación Nacional* (HAMITU) –fundado por el judío egipcio Henri Curiel aproximadamente por las mismas fechas, pero con una abrumadora mayoría de miembros árabes egipcios–, los miembros de *Iskra* eran mayoritariamente extranjeros, intelectuales de clase media o media baja, a menudo hijos o hijas de matrimonios mixtos europeos. Además, eran en su mayoría jóvenes, reclutados de asociaciones progresistas extranjeras y de células escolares (Gorman, 2002: 9)⁶¹ y, tal vez por eso, más sensibles al contexto egipcio que, por ejemplo, los activistas de la AP.

En 1947 los dos grupos comunistas egipcios (*Iskra* y HAMITU) se fundieron para formar HADITU (*Movimiento Democrático Nacional de Liberación*). Pero, tras la fusión, los desacuerdos y las divisiones internas comenzaron a aumentar a partir de contradicciones aparentemente irresolubles, como la escasa participación de la clase trabajadora o una supuestamente excesiva influencia de los extranjeros y los intelectuales. Finalmente, en 1949 y tras una grave crisis interna, la sección griega se disolvió y los griegos dejaron de desempeñar un papel dentro del movimiento comunista egipcio, mientras que en la década de 1950 el Partido Comunista de Egipto (al-Raya) –disuelto en 1965– excluía a los judíos egipcios y a los extranjeros. Como dice Gorman, «el avance de la retórica panárabe había debilitado cualquier base para un discurso comunista multiétnico» (2000: 19).

⁶¹ La mayoría de los miembros griegos procedían del *Lycée Français* y del colegio femenino *Ajilopulio* [Αχιλλοπούλειο].

«[...] Lo que queríamos dejar claro [...] es que éramos griegos *en* Egipto y no [simplemente] griegos», comentaba retrospectivamente un ex-miembro de la sección griega; «[...] pensábamos que nuestra lucha era una lucha de clases dentro de la comunidad griega, [pero] no era posible [...] porque los griegos eran los empleados o los empresarios, y los egipcios, los trabajadores» (Gorman, 2002: 11 y 13). Como estos comentarios dejan ver, la cuestión de cómo afrontar, políticamente, luchas de distinta índole que implican diferentes identidades –étnicas, culturales, de clase, de sexo u otras– es harto compleja, y más aún en un contexto como el egipcio de entonces que todavía arrastraba un legado colonialista y estaba inmerso en estructuras nacionalistas e islámicas⁶². Pero, quizás, la mayor contradicción en la situación de la izquierda griega en Egipto era que se trataba de una fuerza progresista que, al fin y al cabo, formaba parte de una minoría que hasta su definitiva disolución no dejó de ser relativamente privilegiada.

EL CAMINO HACIA LA DISOLUCIÓN

Es poco probable que antes de la Segunda Guerra Mundial un residente griego de Egipto pudiera prever que lo que el futuro le deparaba no era siquiera futuro, y sólo tras la guerra empezó a calar la idea de que lo que realmente estaba en juego era una inevitable transición de un *status* relativamente privilegiado a uno de, simplemente, minoría extranjera. Pero para entonces, y pese a los esfuerzos –retóricos o reales– de los sectores más progresistas, la suerte ya estaba echada. Entre los años 1948 y 1952 la anacrónica dinastía del rey Faruq llegó a su fin y tuvo lugar la primera guerra araboisraelí en Palestina; de 1952 a 1954 se estableció el nuevo régimen del país –una república con orientación presidencialista– y Gamal Abdel-Nasser asumió el liderazgo del nuevo Estado; los años 1954 a 1958 vieron la consolidación del régimen de Nasser y estuvieron marcados por acontecimientos de repercusión internacional como la crisis de Suez, en 1956, y la creación, en 1957, de la República Árabe Unida (Martínez Montávez, 1998). El golpe de los Oficiales Libres del 23 de julio de 1952 abrió el camino hacia el fin definitivo del control británico y llevó a la nacionalización del sector algodonero. Como suele suceder con las multinacionales de hoy en día, la casta de

⁶² VATIKIOTIS (1969: 449) habla de las ambivalencias del socialismo árabe de Nasser como propias de «una amalgama de nacionalismo (no totalmente exento de una base y contenido islámico tradicional) y autoritarismo político».

los notables griegos se limitó a hacer las maletas y marcharse en busca de nuevos horizontes de acción en otros países africanos. El incipiente sector de los empresarios e industriales griegos apenas podía llenar el vacío y, cuando en los años 60 sus negocios fueron absorbidos por el régimen del general Gamal Abdel Nasser, la vida de la comunidad había tocado a su fin. «Egipto ya no era como antes», solían decir los egipcios al mirar atrás⁶³.

¿Podría haberse evitado la disolución de una comunidad extranjera numerosa, dinámica, creativa y con un fuerte apego al país como la griega en Egipto? Jasiotis (1993: 103) afirma que el profundo vínculo de intereses entre la clase dominante griega y el colonialismo británico arrastró consigo al conjunto de la comunidad y la convirtió en un blanco más del sentimiento antiextranjero egipcio⁶⁴. Afirma que los griegos no representaban una amenaza ni para la independencia de su país de acogida ni para el desarrollo de una burguesía local, y que «el único contexto ideológico estable en el que se movían [...] fue la salvaguarda de su cohesión étnica ante la dominación colonial extranjera y el entorno local sociocultural». Sin embargo, lo que Jasiotis no explicita lo suficiente es que ese «único contexto ideológico estable», el de la cohesión étnica, era a la vez un factor de la mayor importancia. Yannakakis (1992) no se distancia mucho de esta perspectiva al subrayar el hecho de que en la cosmopolita Alejandría de aquellos tiempos no existían los guetos; una afirmación no inexacta, pero que deja fuera de consideración los guetos mentales y las barreras invisibles que sí que existían y que –como en las sociedades multiculturales de hoy– se burlan de las nociones convencionales de proximidad y distancia, de lo familiar y de lo ajeno. Gorman (2002), por su parte, subraya –como ya hemos visto– los obstáculos “políticos y prácticos” que impidieron una relación más estrecha o fluida entre las izquierdas griega y egipcia, pero no el peso de la dimensión cultural, es decir, de aquella en la que con más facilidad radican ideologemas como el mito de las identidades esenciales, únicas, puras, inalterables y excluyentes. El efecto de mitos de esta índole puede, y suele ser, confundir la integración con una asimilación trituradora de cualquier especificidad cultural, y eso, a su vez, suele despertar en las minorías étnicas miedos de todo tipo. Tal vez por eso, en 1954, un candidato a las elecciones del comité ejecutivo de la Comunidad de Alejandría aseguraba en un artículo a los lectores del diario *O Páricos* que Egipto «[...] nos ha permitido durante

⁶³ Las oleadas de repatriación empezaron en los años 40 y culminaron durante los años 50 y 60.

⁶⁴ En contraste, Stratís TSIRCAS (1958) argumenta de forma convincente que el nacionalismo egipcio era expresamente antibritánico, no indiscriminadamente antiextranjero.

todos estos años conservar nuestra helenidad, y lo seguirá haciendo en el futuro» (Caliarecos, 1954).

A diferencia de Jasiotis, Yannakakis y Gorman, Kitroeff (1989) hace el debido hincapié en la dimensión ideológica del control de los notables y subraya su influencia a la hora de buscar propuestas alternativas para una reformulación de la forma y contenido de la etnicidad griega. Pone el dedo en la llaga cuando opina que «la batalla se ganó y se perdió en el ámbito cultural. Mientras que en las actividades económicas de la comunidad el grado de lealtad étnica varía según la clase social, [el discurso sobre] la identidad étnica permaneció constante» (178).

A principios de la década de 1960 la comunidad griega se vio reducida de forma drástica. Los más pudientes habían trasladado sus actividades económicas a otros lugares, muchos militantes de la izquierda ya se habían desplazado a los países del Este, y los que todavía quedaban se prepararon para volver a una patria que no conocían. En este clima de rápida desintegración, el diario *O Páricos* expresaba así lo que la comunidad siempre había sabido pero nunca pudo o quiso afrontar:

«Durante décadas hemos vivido en este país sin aprender su lengua. Permanecemos al margen de la vida de su pueblo. Fue cuando nuestra condición de extranjeros nos facilitaba privilegios. Los aceptamos sin protestar porque nos convenían. Estas fueron las condiciones que nos impidieron ser una parte totalmente integrada de la realidad egipcia»⁶⁵.

El fracaso de la comunidad griega a la hora de reconocer la importancia de la integración en la sociedad civil egipcia, de buscar estrategias eficaces para hacerlo y articularlas políticamente guarda estrecha relación con el predominio de un discurso de identidad étnica como mecanismo de defensa contra el cambio. Eso es lo que se desprende del discurso del conocido intelectual y crítico egipciota Timos Malanos (1971: 376) quien, tras la disolución de la comunidad y su repatriación a Grecia, concluía así su libro de memorias sobre toda una vida en Egipto:

«Me siento feliz de haber vivido en Egipto y le estaré eternamente agradecido [...], no sólo por los buenos momentos que nos brindó a todos, sino sobre todo porque ahora, incluso en calidad de refugiados, *regresamos a nuestro país puros*⁶⁶. [...] Nuestras escuelas allí y [...] la diferencia religiosa hi-

⁶⁵ Editorial destacado en *O Páricos*, 11 de noviembre de 1960.

⁶⁶ La cursiva es mía.

cieron que conserváramos nuestra identidad griega y evitaron nuestra absorción. Continuamos siendo griegos y esto, en mi opinión, no es en absoluto una cuestión baladí⁶⁷.

A MODO DE EPÍLOGO

Al principio de esta aproximación al perfil de la comunidad griega en Egipto planteaba la cuestión de si es legítimo apoyarse en el discurso literario con fines cognoscitivos. La pregunta es compleja y, quizás, no puede contestarse de un modo inequívoco. En cualquier caso, no podría concluir este trabajo sin referirme de nuevo a él. Si, como afirma Parasjos –el personaje de Tsircas–, las “patrias del alma” existen, no cabe duda de que, para los egipcios, Egipto fue precisamente eso; y como sugiere la trilogía de Tsircas, es posible que “las patrias del alma” sean precisamente aquellas que se reconocen como tales sólo desde la pérdida. Por último, puede que la comunidad griega no dejara nunca de ser una minoría extranjera relativamente privilegiada, pero es importante señalar que la perspectiva de la mayoría de sus miembros nunca fue la de una potencia colonial. Para comprobarlo basta comparar la perspectiva de Stratís Tsircas sobre Egipto, tal como se desprende del poema con el que empieza este trabajo, con la de otro escritor, el británico Lawrence Durrell, autor de la célebre tetralogía *El cuarteto de Alejandría*:

«Alejandría, princesa y ramera. Ciudad real y *anus mundi* [...] Pero si me paseaba por allí con atención y hasta con ternura, era porque para mí la ciudad era algo que yo mismo había desflorado» (*El cuarteto de Alejandría*. Clea, 66-67)

Ioanna NICOLAIDOU

*Departamento de Traducción e Interpretación
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Málaga – Campus de Teatinos
29071 Málaga
ainicolaidou@uma.es*

⁶⁷ Véase ŽIŽEK (1990), donde el teórico esloveno habla de lo que llama «la fantasía de la Nación» y de la «tautología vacía» en nociones vagas y escurridizas del tipo «nuestra forma de vida».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTHUSSER, Louis (1970), «Idéologie et appareils idéologiques d'état. Notes pour une recherche», *La Pensée* 151, 3-30. [*Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, trad. de José Sazbón y Alberto J. Pla, Buenos Aires: Nueva vision, 1974].
- ANASTASIADIS, Yanis (1993), *Μνήμες από τη δράση του αριστερού κινήματος του Αιγυπτιώτη Ελληνισμού*, Αθήνα.
- ANDERSON, Benedict (1983, 1991), *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London: Verso [*Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, México: FCE, 1993].
- BARING (Conde de Cromer), Evelyn (1911), *Modern Egypt*, ed. renovada, London: Macmillan & Co.
- BOTMAN, Selma (1988), *The Rise of Egyptian Communism, 1939-1979*, New York: Syracuse University Press.
- BRAH, Avtar (1992), «Difference, Diversity and Differentiation», in: James DONALD-ALI RATTANSI (EDS.), 'Race', *Culture and Difference*, Londres: Sage Publications, 126-145.
- BRINTON, Jasper Y. (1930), *The Mixed Courts of Egypt*, New Haven: Yale University Press.
- CALIARECOS, Sotiris (1954), «Σειρήνες της μεταναστεύσεως και σειρήνες της δράσεως», *Ο Πάροικος*, 5-V-1954.
- CAMPBELL, J. K. (1964), *Honour, Family and Patronage. A Study of Institutions and Moral Values in a Greek Mountain Community*, Oxford: Clarendon Press.
- DARWIN, John (1981), *Britain, Egypt and the Middle East: Imperial Policy in the Aftermath of War 1918-1922*, London: Macmillan.
- DASCALÓPULOS, Dimitris (1990), *Λογοτεχνικά περιοδικά της Αλεξάνδρειας (1904-1953)*, Αθήνα: Διάπτων.
- DIMARAS, Alexis (1981), «Greek Education: A Story of Frustrated Reform», *Journal of the Hellenic Diaspora* 8.1-2.
- DURRELL, Lawrence [1962] (1978), *El cuarteto de Alejandría. Clea*, trad. de Aurora Bernárdez, Barcelona: Sudamericana / Edhasa.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Vicente-NICOLAIDOU, Ioanna-LÓPEZ VILLALBA, María, (1997), «Consideraciones sobre la traductología griega», en: M. MORFAKIDIS-I. GARCÍA GÁLVEZ (EDS.), *Estudios Neogriegos en España e Iberoamérica*, I, Granada: Athos-Pérgamos, 283-288.

- FRANGOUDAKI, Anna (1981), «The Impasse of Educational Reform in Greece: An Introduction», *Journal of the Hellenic Diaspora* 8.1-2.
- GORMAN, Anthony P. (2002), «Egypt's Forgotten Communists: The Postwar Greek Left», *Journal of Modern Greek Studies* 20.1, 1-27.
- HOURANI, A. H. (1947), *Minorities in the Arab World*, London: Oxford University Press.
- ILBERT, Robert-YANNAKAKIS, Ilios (EDS.) (1992), *Alexandrie 1860-1960. Un modèle éphémère de convivialité: communautés et identité cosmopolite*, Paris: Éditions Autrement.
- JADSIFOTIS, I. M. (1999), *Αλεξάνδρεια. Οι δυο αιώνες του νεότερου ελληνισμού (19ος-20ός αιώνας)*, Αθήνα: Ελληνικά Γράμματα.
- JARALAMBIS, Dimitris (1985), *Στρατός και πολιτική εξουσία: Η δομή της εξουσίας στην μετεμφυλιακή Ελλάδα*, Αθήνα: Εξάντας.
- JASIOTIS, Ioanis (1993), *Επισκόπηση της ιστορίας της νεοελληνικής διασποράς*, Θεσσαλονίκη: Βάνιας.
- JONES, Marc (2002), «Misunderstood and Forgotten: The Greek Naval Mutiny of April 1944», *Journal of Modern Greek Studies* 20.2, 367-397.
- JUSDANIS, Gregory (2001), *The Necessary Nation*, Princeton: Princeton University Press.
- KAGAN, Robert (2002), «Power and Weakness. Why the United States and Europe see the World Differently», *Policy Review*, 113, 3-28.
- KITROEFF, Alexander (1980), «The Greek Seamen's Movement, 1940-1944», *Journal of the Hellenic Diaspora* 7.3-4, 73-97.
- (1983), «The Alexandria We Have Lost», *Journal of the Hellenic Diaspora* 10.1-2, 11-21.
- (1984), «Η ελληνική παροικία στην Αίγυπτο και ο Δεύτερος Παγκόσμιος Πόλεμος. Η περίπτωση του Εθνικού Απελευθερωτικού Συνδέσμου», *Μνήμων* 9, 1-32.
- (1989), *The Greeks in Egypt, 1919-1937: Ethnicity and Class*, London: Ithaca Press.
- KITROMILIDES, Paschalis M. (1979), «The Dialectic of Intolerance: Ideological Dimensions of Ethnic Conflict», *Journal of the Hellenic Diaspora* 6.4, 5-30.
- (1994), *Enlightenment, Nationalism, Orthodoxy. Studies in the Culture and Political Thought of South-Eastern Europe*, Aldershot, Hampshire: Variorum.
- LARRAIN, Jorge (1979), *The Concept of Ideology*, London: Hutchinson.
- LAZAREV, Anouchka (1992), «Italiens, italianité et fascisme», en: R. ILBERT-I. YANNAKAKIS (EDS.) (1992): 92-109.

- LÓPEZ VILLALBA, María (2003), *Traducir la revolución. La nueva constitución política de Rigas de Velesino*. Madrid: CSIC [Nueva Roma 18], 2003.
- LOUIS, Wm. Roger-OWEN, Roger (EDS.) (2002), *A Revolutionary Year. The Middle East in 1958*, London & New York: I. B. Tauris Publishers and Woodrow Wilson Center Press.
- MALANOS, Timos (1971), *Αναμνήσεις ενός αλεξανδρινού. Αυτοβιογραφικές, φιλολογικές, κοινωνικές*, Αθήνα: Μπουκουμάνη.
- MARGARITIS, Yorgos (1993), *Από την ήττα στην εξέγερση. Ελλάδα: Ανοίξη 1941-Φθινόπωρο 1942*, Αθήνα: Ο Πολίτης.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro (1998), «De Faruq a Nasser, 1948-1958», en: *La independencia árabe. El nacimiento de Israel* [Siglo XX Historia Universal, vol. 24], Madrid: Historia 16 / Temas de hoy, 41-60.
- MIJAILIDIS, Efyenios (1927), *Ο Αιγυπτιώτης Ελληνισμός και το μέλλον του, Αλεξάνδρεια: Γράμματα*.
- (1972), *Πανόραμα, ήτοι, εικονογραφημένη ιστορία του δημοσιογραφικού τύπου της Αιγύπτου υπό Αιγυπτιακών Ελλήνων (1862-1972), Αλεξάνδρεια, Κέντρον Ελληνικών Σπουδών*.
- MOUZELIS, Nicos (1978), *Modern Greece: Facets of Underdevelopment*, London: Macmillan.
- MUSELIS, Nicos (1992), *Μεταμαρξιστικές προοπτικές. Για μια νέα πολιτική οικονομία και κοινωνιολογία*, Αθήνα: Θεμέλιο.
- NEFELUDIS, Vasilis (1981), *Η εθνική αντίσταση στη Μέση Ανατολή*, 2 vols., Αθήνα: Θεμέλιο.
- NICOLAIDOU, Ioanna (2000), «Translation into Greek and the Hellenic Tradition», en: Graham SPEAKE (ED.), *Encyclopedia of Greece and the Hellenic Tradition*, London: Fitzroy Dearborn Publishers, 1664-1667.
- OWEN, Roger (2000), *State, Power and Politics in the Making of the Modern Middle East*, 2^a ed., London & New York: Routledge.
- PALEOLOGOS, Tasos P. (1953), *Ο Αιγυπτιώτης Ελληνισμός, ιστορία και δράσεις (753 π. Χ. - 1953)*, Αλεξάνδρεια, [s.n.]
- PAPANUTSOS, Evangelos P. (1982), *Απομνημονεύματα*, Αθήνα: Φιλιππότης.
- POLITIS, Azanasios (1928-1930), *Ο Ελληνισμός και η νεωτέρα Αίγυπτος*, 2 vols., Αλεξάνδρεια: Γράμματα.
- POULANTZAS, Nicos (1976), *La crisis de las dictaduras: Portugal, Grecia, España*, trad. de Tununa Mercado, Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- PROCOPAKI, Jrisa (1985), *Στα ίχνη του Στρατή Τσίρκα*, Αθήνα: Κέδρος.
- PSIRUKIS, Nicos (1983), *Το νεοελληνικό παροικιακό φαινόμενο*, Αθήνα: Επικαιότητα.
- RIAD, Hassan (Samir Amin) (1964), *L'Égypte Nasserienne*, Paris: Minuit.

- SPIVAK, Gayatri Chakravorty (1999), *A Critique of Postcolonial Reason. Toward a History of the Vanishing Present*, Cambridge, Mass.-London: Harvard University Press.
- STAVRIDIS-PATRIKIÚ, Rena (1988), *Ο Γ. Σκληρός στην Αίγυπτο. Σοσιαλισμός, δημοτικισμός και μεταρρύθμιση*, Αθήνα: Θεμέλιο.
- SULOYANIS, Efcimios (1994), *Η Ελληνική Κοινότητα Αλεξάνδρειας 1843-1993*, Αθήνα: ΕΛΙΑ.
- (1999), *Η θέση των Ελλήνων στην Αίγυπτο: Από την ακμή στην παρακμή και την συρρίκνωση*, Αθήνα: Δήμος Αθηναίων.
- TIGNOR, Robert L. (1966), *Modernisation and British Colonial Rule in Egypt 1882-1914*, Princeton: Princeton University Press.
- (1980), «The Economic Activities of Foreigners in Egypt, 1920-1950: From Millet to Haute Bourgeoisie», *Comparative Studies in Society and History* 22.3, 416-449.
- TSIRCAS, Stratis (1958), *Ο Καβάφης και η εποχή του*, Αθήνα: Κέδρος.
- (1962), «Η πνευματική αντίσταση στη Μέση Ανατολή», *Επιθεώρηση Τέχνης* 87-88, 480-501.
- [1960] (2005a), *Ακυβέρνητες πολιτείες 1. Η Λέσχη*, Αθήνα: Κέδρος.
- [1962] (2005b), *Ακυβέρνητες πολιτείες 2. Αριάγνη*, Αθήνα: Κέδρος.
- [1965] (2005c), *Ακυβέρνητες πολιτείες 3. Η Νυχτερίδα*, Αθήνα: Κέδρος.
- TSUCALÁS, Constandinos (1977), *Εξάρτηση και αναπαραγωγή. Ο κοινωνικός ρόλος των εκπαιδευτικών μηχανισμών στην Ελλάδα: 1830-1922*, Αθήνα: Θεμέλιο.
- VATIKIOTIS, J. P. (1969), *The modern history of Egypt*, London: Weidenfeld and Nicolson.
- YALURAKIS, Manolis (1967), *Η Αίγυπτος των Ελλήνων*, Αθήνα: Μητρόπολις.
- (1974), *Στην Αλεξάνδρεια τον Καβάφη*, Αθήνα: Ολκός.
- YANNAKAKIS, Ilios (1992), «Adieu Alexandrie!», en: R. ILBERT-I. YANNAKAKIS (EDS.) (1992): 125-142.
- ŽIŽEK, Slavoj (1990), «Eastern Europe's Republics of Gilead», *New Left Review* 183, 50-62.

